

<https://TheVirtualLibrary.org>

## **La entretenida**

**Miguel de Cervantes**

**Los que hablan en ella son los siguientes:**

OCAÑA, lacayo.

CRISTINA, fregona.

DON ANTONIO.

MARCELA, su hermana.

DON FRANCISCO.

CARDENIO.

TORRENTE, su criado.

MUÑOZ, escudero de Marcela.

DOROTEA.

DON AMBROSIO.

QUIÑONES, paje.

ANASTASIO.

Músicos.

UN BARBERO.

UN ALGUACIL.

[UN] CORCHETE.

DON GIL, bastardo.

CLAVIJO.

Un CARRETERO.

DON PEDRO OSORIO, padre de [otra] Marcela.

# Jornada I

**Salen OCAÑA, lacayo, con un mandil y harnero, y CRISTINA, fregona.**

OCAÑA

Mi sora Cristina, denmos.

CRISTINA

¿Qué hemos de dar, mi so Ocaña?

OCAÑA

Dar en dulce, no en huraña,  
ni en tan amargos extremos.

CRISTINA

¿Querría el sor que anduviese  
de pa y vereda contino?

OCAÑA

No hay quien ande ese camino  
que algún gusto no interese.

[CRISTINA]

Siempre la melancolía  
fue de la muerte parienta,  
y en la vida alegre asienta  
el hablar de argentería.  
Motes, cuentos, chistes, dichos,  
pensamientos regalados,  
muy buenos para pensados,

y mejores para dichos.

OCAÑA

Sé yo, Cristina, con quién  
te burlas, y no es conmigo.

CRISTINA

¿Sabe, Ocaña, qué le digo?

OCAÑA

¿Qué dirás que me esté bien?

CRISTINA

Dígole que no malicie  
con tan dañados intentos.

OCAÑA

Pues a fe que en estos cuentos  
ando por la superficie:  
que, si llegase hasta el centro,  
¡oh, qué diría de cosas!

CRISTINA

Muchas, pero maliciosas.

OCAÑA

Sálenme mil al encuentro  
del corazón a la lengua.

CRISTINA

No te pienso escuchar más.

OCAÑA

Vuelve, Cristina; ¿a dó vas?

CRISTINA

Es el escucharte mengua,  
y enfádanme tus ruindades  
y tus modos de decir.

OCAÑA

El que está para morir,  
siempre suele hablar verdades.  
Yo estoy muriendo, y confieso  
que quieres bien a Quiñones.

CRISTINA

De tus malas intenciones  
agora se vee el exceso;  
agora se echa de ver  
que eres loco y laca...

OCAÑA

Bueno;  
pronuncia de lleno en lleno,  
aunque el «yo» no es menester;  
que el ser lacayo no ignoro,  
sin rodeos y sin cifras.  
Y mal tu venganza cifras  
en no guardar el decoro  
que debes a ser fregona  
de las más lindas que vi,  
entre Quiñones y mí,  
ya cordera y ya leona.

CRISTINA

¿Soy, por ventura, mujer  
que he de avasallarme a un paje?  
¿O vengo yo de linaje  
de tan bajo proceder?  
¿No soy yo la que en mi flor,  
por no querer ofendella,  
presumo más de doncella,  
que no el Cid de Campeador?  
¿No soy yo de los Capoches  
de Oviedo? ¿Hay más que mostrar?

OCAÑA

Con todo, te has de quedar,  
Cristina...

CRISTINA

¿A qué?

OCAÑA

A buenas noches,  
Eres muy solicitada  
y muy vista, y no está el toque  
en que la flor no se toque,  
si al serlo está aparejada.  
Las flores en el campo están  
sujetas a cualquier mano:  
a las del bajo villano  
y a las del alto galán,  
al arado y al pie duro  
del labrador que le guía;

pero la flor que se cría  
tras el levantado muro  
del recato, no la ofende  
el cierzo murmurador,  
ni la marchita el ardor  
del que tocarla pretende.  
La mujer ha de ser buena,  
y parecerlo, que es más.

CRISTINA

Gran predicador estás;  
mas tu doctrina condena  
a tus lascivos intentos.

OCAÑA

Levántales testimonio:  
que al blanco del matrimonio  
asestan mis pensamientos.

CRISTINA

A mucho te has atrevido.  
Muestra; aquí está la cebada.

**(Dale el harnero.)**  
**(Éntrase CRISTINA.)**

OCAÑA

Toma el harnero, agraviada  
deste que de ti lo ha sido.  
¡Oh pajes, que sois halcones  
destas duendas fregoniles,  
de su salario alguaciles,

de sus vivares hurones!  
Lleváisos la media nata  
deste común beneficio;  
dais en ella rienda al vicio,  
sin hallar ninguna ingrata:  
gozáis del justo botín  
y de la limpia chinela,  
y os reís del arandela  
y del dorado chapín;  
hacéis con modos süaves  
burla que os cuesta barata  
de aquellas lunas de plata  
que van pisando las graves.  
¡Qué presto Cristina vuelve  
con la cebada y Quiñones!  
¡Corazón, triste te pones!  
¡La sangre se me revuelve  
en ver a estos dos tan juntos,  
tan domésticos y afables!

**(Entra CRISTINA, con la cebada, y QUIÑONES, el paje.)**

CRISTINA

No le mires ni le hables.  
Si le hablares, no sea en puntos  
que te descubran celoso;  
que hará mil suertes en ti.

QUIÑONES

Aunque mozo, nunca fui,  
ni soy, ni seré medroso.

CRISTINA

Advierte que está delante.

Tome, galán, la cebada.

OCAÑA

¿Bien medida?

CRISTINA

Y bien colmada.

OCAÑA

¿Midióla mi so galante?

CRISTINA

No la midió sino el diablo,  
que tu mala lengua atiza.

OCAÑA

Voyme a mi caballeriza,  
por no ver este retablo  
destas dos figuras juntas  
que no se apartan jamás.

QUIÑONES

En tales malicias das,  
que con una mil apuntas;  
y que te engañas sé yo.

OCAÑA

Y también sé yo muy bien  
que a los dos estará bien  
el callar.

CRISTINA

Yo sé que no,  
porque quien calla concede  
con el mal que dél se dice.

OCAÑA

Ninguno te dije o hice.

QUIÑONES

Ni él decir o hacerle puede.

OCAÑA

Por vida suya, que abaje  
el toldo; que, en mi conciencia,  
que hay muy poca diferencia  
entre un lacayo y un paje.  
La longura de un caballo  
puede medirla a compás,  
yo delante, y él detrás:  
andallo, mi vida, andallo.

**(Éntrase OCAÑA.)**

CRISTINA

¡Y que tú no tengas brío  
para responderle! Creo  
que he de recobrar mi empleo  
y volverme a lo que es mío.

QUIÑONES

¿Qué tengo de responder?  
¿Ciño espada? No la ciño.

Y más, que es mengua si riño  
con...

CRISTINA

Quiñones, a placer:  
que es Ocaña hombre de bien,  
y espadachín además.

**(Entran DON ANTONIO y su hermana MARCELA.)**

DON [ANTONIO]

¡Porfiada, hermana, estás!  
Quiero, mas no diré a quién.  
Tengo ausente mi alegría,  
sin saber adónde yace,  
y de aquesta ausencia nace  
toda mi malencolía.  
Hanla escondido, y no sé  
adónde, en cielo ni en tierra;  
muévenme los celos guerra,  
y dan alcance a mi fe,  
no porque la menoscaben:  
que, celos no averiguados,  
ministran a los cuidados  
materia porque no acaben;  
son la leña del gran fuego  
que en el alma enciende amor,  
viento con cuyo rigor  
se esparce o turba el sosiego.

QUIÑONES

Aún no han echado de ver  
que estamos aquí nosotros.

DON [ANTONIO]

Dejadnos aquí vosotros.

CRISTINA

Entra aquí el obedecer.

**(Éntranse QUIÑONES y CRISTINA.)**

MARCELA

¿Siquiera no me dirás  
el nombre desa tu dama?

DON [ANTONIO]

Como te llamas, se llama.

MARCELA

¿Como yo?

DON [ANTONIO]

Y aun tiene más:  
que se te parece mucho.

MARCELA

[Aparte.]

¡Válame Dios! ¿Qué es aquesto?

¿Si es amor éste de incesto?

Con varias sospechas lucho.

¿Es hermosa?

DON [ANTONIO]

Como vos,

y está bien encarecido.

MARCELA

[Aparte.]

El seso tiene perdido  
mi hermano. ¡Válgale Dios!

**(Entra DON FRANCISCO, amigo de DON ANTONIO.)**

DON FRANCISCO

¿Andan hinchadas las olas  
del mar de tu pensamiento?

DON [ANTONIO]

Entraos en vuestro aposento;  
dejadnos, hermana, a solas;  
retiraos, hermana mía.

MARCELA

¡Dios tus intentos mejore!

**(Éntrase MARCELA.)**

DON [ANTONIO]

¿Traéis desdichas que llore,  
o ya venturas que ría?

DON FRANCISCO

Promesas que se han cumplido  
con dádivas, se han probado;  
industrias se han intentado  
del Sinón más entendido;  
las diligencias que he hecho

frisan con las imposibles;  
lince ha habido invisibles,  
y espías de trecho a trecho;  
pero no puede mostrar  
sagacidad o cautela  
dónde han llevado a Marcela;  
cosa que es para admirar.  
Solamente se imagina  
que una noche la sacó  
su padre, y se la llevó;  
pero adónde, no se atina.

DON [ANTONIO]

¿Si podrá la astrología  
judiciaria declararlo?

DON FRANCISCO

Yo no pienso interrogarlo;  
que tengo por fruslería  
la ciencia, no en cuanto a ciencia,  
sino en cuanto al usar della  
el simple que se entra en ella  
sin estudio ni experiencia.  
Si acaso Marcela fuera  
alguna joya perdida,  
yo buscara otra salida,  
que buena en esto la diera.  
Santos hay auxiliadores  
veinte, o más, o no sé cuántos;  
pero no querrán los santos  
curarnos de mal de amores.  
A la justa petición

siempre favorece el Cielo.

DON [ANTONIO]

Pues, ¿no es muy justo mi celo?

¿No está muy puesto en razón?

¿Busco yo a Marcela acaso

sino para ser mi esposa?

¿Della pretendo otra cosa?

DON FRANCISCO

O vámonos, o habla paso:

que no sabes quién te escucha.

DON [ANTONIO]

Vamos, amigo, y advierte

que fío mi vida y muerte

de tu discreción, que es mucha.

**(Éntranse DON ANTONIO y DON FRANCISCO.)**

**(Entran CARDENIO, con manteo y sotana, y tras él TORRENTE,  
capigorrón, comiendo un membrillo o cosa que se le parezca.)**

CARDENIO

Vuela mi estrecha y débil esperanza  
con flacas alas, y, aunque sube el vuelo  
a la alta cumbre del hermoso cielo,  
jamás el punto que pretende alcanza.

Yo vengo a ser perfecta semejanza  
de aquel mancebo que de Creta el suelo  
dejó, y, contrario de su padre al celo,  
a la región del cielo se abalanza.

Caerán mis atrevidos pensamientos,  
del amoroso incendio derretidos,  
en el mar del temor turbado y frío;

pero no llevarán cursos violentos,  
del tiempo y de la muerte prevenidos,  
al lugar del olvido el nombre mío.  
¿Comes? Buena pro te haga;  
la misma hambre te tome.

TORRENTE

No puede decir que come  
el que masca y no lo traga.  
No se me vaya a la mano,  
que ésta, si acaso es culpa,  
ser me sirve de disculpa  
el membrillo toledano.  
Sé cierto que decir puedo,  
y mil veces referillo:  
espada, mujer, membrillo,  
a toda ley, de Toledo.  
Las acciones naturales  
son forzosas, y el comer  
una dellas viene a ser,  
y de las más principales;  
y esto aquí de molde viene,  
y es una advertencia llana:  
come el rico cuando ha gana,  
y el pobre, cuando lo tiene.

CARDENIO

Con todo, me darás gusto  
de que en la calle no comas.

TORRENTE

Si estas niñerías tomas  
por deshonra o por disgusto,

yo me aturaré la boca  
con cal y arena a pisón.

CARDENIO

Sé que tienes discreción.

TORRENTE

¡Y golosina no poca!

CARDENIO

Sabes lo que nunca supo  
el diablo.

TORRENTE

Y aun soy peor.

CARDENIO

¿Vuelves a comer, traidor?

TORRENTE

Ya no como, sino chupo.

**(Entra MUÑOZ, escudero de MARCELA.)**

Pero ves dónde parece  
tu Santelmo.

CARDENIO

Así es verdad,  
puesto que mi tempestad  
nunca mengua y siempre crece.  
En estas benditas manos

tengo mi remedio puesto.

MUÑOZ

Vos veréis cómo echo el resto  
en daros consejos sanos.

Advertid, hijo, que son  
las canas el fundamento  
y la basa a do hace asiento  
la agudeza y discreción.

En la mucha edad se muestra  
que asiste toda advertencia  
porque tiene a la experiencia  
por consejera y maestra;  
y estas canas no han nacido  
en aqueste rostro acaso.

CARDENIO

Hablad, señor Muñoz, paso,  
que ya os tengo conocido,  
y sé que sabéis cortar,  
colgado del aire, un pelo.

MUÑOZ

Así me ayude a mí el cielo  
como os pienso de ayudar;  
porque el premio es el que aviva  
al más torpe ingenio y rudo.

CARDENIO

Si es premio este pobre escudo,  
vuestra merced le reciba  
con aquella voluntad

sana con que yo le ofrezco.

MUÑOZ

¡Oh señor, que no merezco  
tanta liberalidad!

TORRENTE

Tomóle, besóle y dióle  
quizá perpetua clausura;  
del oro la color pura  
sin duda que enamoróle,  
porque tiene una virtud  
de alegrar el corazón,  
y la avara condición  
vive con la senetud.  
Pero, ¿a qué pecho no doma  
la hambre del oro?

MUÑOZ

Escucha,  
y con advertencia mucha,  
hijo, este consejo toma.  
De Marcela no hay pensar  
que es de tan tiernos aceros,  
que la han de ablandar terceros,  
ni rogar, ni porfiar,  
ni lágrimas, ni suspiros,  
ni voluntad verdadera:  
que son con ella de cera  
de amor los más fuertes tiros.  
A las olas que se atreven  
a embestirla por amar,

se muestra roca en la mar,  
que la tocan y no mueven.  
Esto con Marcela pasa.

CARDENIO

No me acobardes y espantes.

TORRENTE

¡Oh, cuántos destos diamantes  
he visto volver de masa!  
¡Cuántas he visto rendidas  
a un billete trasnochado!  
¡Cuántas, sin darlas, han dado  
de ganadas en perdidas!  
¡Cuántas siguen sus antojos  
en mitad de su recato!  
¡Cuántas en el dulce trato  
tropiezan, y aun dan de ojos!

MUÑOZ

Pues ni Marcela tropieza  
ni cae.

TORRENTE

¡Gran milagro!

CARDENIO

Calla:

que es extremo que se halla  
hoy en la naturaleza,  
y el señor Muñoz bien sabe  
lo que dice.

MUÑOZ

Yo estoy cierto  
que, aún más bien del que os advierto,  
todo en mi señora cabe.  
Pero vengamos al punto  
de lo que quiero decir.

CARDENIO

Hasta acabarle de oír,  
estoy, Torrente, difunto.

MUÑOZ

Es el caso que está en Lima  
un hermano de su padre  
de Marcela, caballero  
de ilustre y claro linaje.  
De los bienes de fortuna  
dicen que le cupo parte  
tanta que, entre los más ricos,  
suelen por rico nombrarle.  
Tiene un hijo que se llama  
don Silvestre de Almendárez,  
el cual con doña Marcela,  
aunque prima, ha de casarse.  
Cada flota le esperamos;  
mas, si en esta que se sabe  
que ha llegado a salvamento  
no viene, echado ha buen lance.  
Fíngete tú don Silvestre,  
que yo te daré bastantes  
relaciones con que muestres

ser él mismo; y serán tales,  
que, por más que te pregunten,  
podrás responder con arte,  
que, acreditando el engaño,  
tus mentiras sean verdades.

Aposentarán-te en casa,  
harán-te gasajos grandes,  
y tú dentro, una por una,  
podrás ver cómo te vales.

### CARDENIO

Está bien; pero si acaso  
en aquesta flota traen  
cartas dese don Silvestre,  
y de que no viene saben,  
yo dentro en casa, ¿qué haré?  
¿Cómo podrá acreditarse  
tan conocida mentira  
para que pase adelante?

### MUÑOZ

Dirás que, después de escritas  
y dadas, quiso tu madre  
que te vinieses a España,  
aunque a hurto de tu padre;  
que ella, deseando verse  
con nietos en quien dilate  
su nombre y posteridad,  
no quiso que más tardases.  
Y este venirme a escondidas  
podrá, señor, escusarte  
de no venir con riquezas

que el ser quien eres señalen;  
mas no dejes de traer  
algunas piedras bezares,  
y algunas sartas de perlas,  
y papagayos que hablen.

CARDENIO

En eso yo daré trazas  
que dese aprieto me saquen,  
y tales, que satisfagan.

TORRENTE

Todo aquesto es disparate.

CARDENIO

La memoria sea cumplida,  
y los puntos importantes  
que en este nuevo edificio  
han de ser fundamentales,  
vengan especificados,  
de modo que me declaren  
por el mismo don Silvestre.

MUÑOZ

Ven por ellos esta tarde.

CARDENIO

Volverá este mi criado.

TORRENTE

Volveré, si a Dios le place;  
que, sin su ayuda, no puedo,

ni estornudar, ni mudarme.

MUÑOZ

Señor, si acaso, si a dicha,  
si por buena suerte traes  
otro escudillo, bien puedes  
con liberal mano darle:  
que es invierno, y no hay bayeta,  
y no será bien que pase  
frío el que al incendio tuyo  
procura refrigerarle.

CARDENIO

No le traigo, en mi conciencia;  
pero yo haré que se os saque  
un vestido de bayeta,  
y a mi cuenta le hará el sastre.

MUÑOZ

Venderéle, ¡vive Roque!  
No consentiré se ensanche  
Marcela con mis trofeos,  
que cuestan gotas de sangre.  
Vístame la que quisiere  
que polido la acompañe:  
que gastar yo mi bayeta  
en servicio ajeno, ¡tate!  
Y voyme, porque conviene  
que la memoria se estampe  
que fortifique este embuste.  
Y a Dios quedéis.

CARDENIO

Él os guarde.

MUÑOZ

Mire que no se le olvide  
lo de la bayeta y sastre:  
que en este punto consisten  
sus gustos o sus pesares.

**(Éntrase MUÑOZ.)**

CARDENIO

¡Gran principio a mi quimera!

TORRENTE

Llámala, señor, dislate;  
torre fundada en palillos,  
como casica de naipes.  
Dime: ¿dónde están las perlas?  
¿Dónde las piedras bezares?  
¿Adónde las catalnicas  
o los papagayos grandes?  
¿Dónde la práctica de Indias,  
de los puertos y los mares  
que se toman y navegan?  
¿Dónde la bayeta y sastre?  
Si quieres que tus negocios  
en felice punto paren,  
lleva, y esto te aconsejo,  
siempre la verdad delante.  
Capigorrista soy tuyo,  
y como padezco hambre,

tengo sutil el ingenio,  
y en dar consejos soy sacre.

CARDENIO

Yo me remito a la lista  
de Muñoz; tú no desmayes,  
que en las empresas de amor,  
tal vez se ha visto que valen  
el ingenio y la ventura  
más que las riquezas grandes.

TORRENTE

Deste laberinto, el cielo  
con las narices nos saque.

**(Éntranse.)**

**(Entran MARCELA y DOROTEA, su doncella.)**

DOROTEA

Dime, señora: ¿qué muestra  
te ha dado tu hermano tal,  
que sea indicio y señal  
de alguna intención siniestra?  
No puedo darme a entender  
que te ama viciosamente,  
aunque es caso contingente.

MARCELA

¡Y cómo si puede ser!  
¿Ya no se sabe que Amón  
amó a su hermana Tamar?  
¿Y no nos vienen a dar

Mirra y su padre ocasión  
de temer estos incestos?

DOROTEA

Con todo, señora, creo  
que encamina su deseo  
por términos más compuestos,  
y esto tengo por verdad.

MARCELA

Mi querida Dorotea,  
plega al Cielo que así sea;  
Él rija su voluntad.  
De contino trae en la boca  
mi nombre, a hurto me mira,  
gime a solas y suspira,  
las manos me besa y toca;  
y da por disculpa desto,  
que me parezco a su dama,  
que de mi nombre se llama.

DOROTEA

¿Hase, a dicha, descompuesto  
a hacer más de lo que dices?

MARCELA

No, por cierto; ni querría.

DOROTEA

Pues desto, señora mía,  
no es bien que te escandalices;  
pues podrá ser que su dama

se llame, señora, así,  
y que se parezca a ti,  
si de hermosa tiene fama.

**(Entra DON ANTONIO, hermano de MARCELA.)**

MARCELA

Mira do viene suspenso;  
tanto, que no echa de ver  
que aquí estamos. De su ser  
que está trastocado pienso.  
Escuchémosle, y advierte  
cómo de Marcela trata.

DON [ANTONIO]

Es tu ausencia la que mata;  
no el desdén, aunque es tan fuerte.  
¡Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia!  
¡Cuán lejos debió estar de conocerte  
el que al furor de la invencible muerte  
igualó tu poder y tu violencia!  
Que, cuando con mayor rigor sentencia,  
¿qué puede más su limitada suerte  
que deshacer la liga y nudo fuerte  
que a cuerpo y alma tiene inconveniencia?  
Tu duro alfanje a mayor mal se estiende,  
pues un espíritu en dos mitades parte.  
¡Oh milagros de amor, que nadie entiende!  
Que, del lugar de do mi alma parte,  
dejando su mitad con quien la enciende,  
consigo traiga la más frágil parte.  
¡Oh Marcela fugitiva

y sorda al lamento mío!  
¿Cómo quiere tu desvío  
que ausente muriendo viva?  
¿Dónde te escondes? ¿Qué clima,  
inhabitable te encierra?  
¿Cómo a tu paz no da guerra  
el dolor que me lastima?  
¡Téngote siempre delante,  
y no te puedo alcanzar!

MARCELA

Para temer y pensar,  
¿esto no es causa bastante?

DOROTEA

Sí, por cierto. Nunca estés  
sola, si fuere posible;  
de que aspire a lo imposible,  
jamás ocasión le des;  
rómpase en tu honestidad,  
en tu advertencia y recato,  
la fuerza de su mal trato,  
que nace de ociosidad.  
Y vámonos, no nos vea;  
dé a solas rienda a su intento.

MARCELA

Yo estoy en tu pensamiento,  
que es muy bueno, Dorotea.

**(Éntrase MARCELA y DOROTEA.)**

**(Sale OCAÑA, de lacayo, con una varilla de membrillo y unos antojos de caballo en la mano, y pónese atento a escuchar a su amo.)**

DON [ANTONIO]

Amor, que lo imposible facilitas  
con poderosa fuerza blandamente,  
allanando las cumbres,  
¿por qué las nubes de mi sol no quitas?  
¿Por qué no muestras por algún Oriente  
las dos hermosas cumbres  
que dan rayos al sol, luz a tus ojos,  
por quien te rinde el mundo sus despojos?  
¿Qué quieres, Ocaña?

OCAÑA

Quiero  
herrar el bayo, señor,  
y no acierta el herrador  
a herralle si no hay dinero.  
Débense cuatro herraduras  
y un brebajo; mira, pues,  
si andarán aquellos pies,  
siendo tus manos tan duras.  
Y vengo por seis raciones  
que me deben: que amohína  
ver que sobren a Cristina  
y resobren a Quiñones,  
y que falten para mí,  
que sirvo mejor que todos,  
de tres y de cuatro modos.

DON [ANTONIO]

Confieso que ello es así,  
Ocaña amigo, y sabed  
que todo se os pagará.

Y andad con Dios.

OCAÑA

Siempre está  
conmigo vuestra merced  
riguroso por el cabo.

DON [ANTONIO]

¿En qué modo?

OCAÑA

¿Yo no veo  
que, cual si fuera guineo,  
bezudo y bozal esclavo,  
apenas entro en la sala  
por alguna niñería,  
cuando cualquiera me envía,  
si no en buena, en hora mala?  
A nadie se le trasluce,  
por más que yo lo procuro,  
el ingenio lucio y puro  
que en este lacayo luce.  
Anda conmigo al revés  
fortuna poco discreta:  
que, si tú fueras poeta,  
quizá fuera yo marqués,  
o, por lo menos, ya fuera,  
tu consejero y privado;  
pero de mi corto hado  
tamaño bien no se espera.  
Hay poetas tan divinos,  
de poder tan singular,

que puedan títulos dar  
como condes palatinos;  
y aun, si lo toman despacio,  
en tiempo y caso oportuno,  
no habrá lacayo ninguno  
que no casen en palacio  
con doncellas de la reina,  
de valor único y solo:  
que, por la gracia de Apolo,  
esta gracia en ellos reina.  
Pero yo nací, sin duda,  
para la caballeriza,  
haciendo en mis dichas riza  
mi suerte, que no se muda.  
El discreto es concordancia  
que engendra la habilidad;  
el necio, disparidad  
que no hace consonancia.  
Del cuerpo por los sentidos  
obra el alma, y, cuales son,  
o muestra su perfección,  
o términos abatidos.  
De aquesto quiero inferir  
que tan sutil cuerpo tengo,  
que en un instante prevengo  
lo que he de hacer y decir.  
Lacayo soy, Dios mediante;  
pero lacayo discreto,  
y, a pocos lances, prometo  
ser para marqués bastante,  
como aquel de Marinán,  
de dinare, e più dinare,

si la suerte no estorbare  
este bien que no me dan.

DON [ANTONIO]

¡Alto! Vos habéis hablado  
de modo que me obligáis  
a que de humilde subáis  
a más eminente estado,  
siendo al primero escalón  
servirme de consejero;  
y así, amigo Ocaña, quiero  
mostraros mi corazón,  
para que, viendo patentes  
las ansias que en él se anidan,  
ellas a tu ingenio pidan  
los remedios suficientes:  
que tal vez una dolencia  
casi incurable la sana  
de una vejezuela cana  
una fácil experiencia.

OCAÑA

Dime tu mal, mi señor,  
y verás cómo en tantico  
tantos remedios aplico,  
que sanes con el menor.  
Y si por ventura es  
el ciego el que te atormenta,  
puedes, señor, hacer cuenta  
de que ya sano te ves,  
porque no se ha de tomar  
conmigo el dios ceguezuelo.

DON [ANTONIO]

Que no estás en ti recelo.

OCAÑA

¿Pues en quién había de estar?

Que, a no tomarme del vino,  
por costumbre o por conhorto,  
no hubiera en toda la corte  
otro Catón Censorino  
como yo.

DON [ANTONIO]

Ya desvarías.

Vuélvete, Ocaña, a tu establo.

**(Éntrase DON ANTONIO.)**

OCAÑA

Aunque más sentencias hablo  
y elevadas fantasías,  
se me trasluce y figura,  
conjeturo, pienso y hallo,  
ha de ser mi sepultura.  
Y está muy puesto en razón:  
que, el que quiere porfiar  
contra su estrella, ha de dar  
coces contra el aguijón.  
Cristinica estará agora  
en la plaza; allá me impele  
aquella fuerza que suele,  
que dentro del alma mora.

Búscola como a mi centro,  
y si la encontrase yo,  
nunca jugador echó  
tan rico y gustoso encuentro.  
Deste gusto no me prive  
Amor, que en mi ayuda llamo,  
y siquiera, con mi amo,  
ni más medre ni más prive.

**(Éntrese OCAÑA.)**

**(Salen DON AMBROSIO, caballero, y CRISTINA, con un billete en la mano.)**

CRISTINA

Hasta ponerle yo en parte  
donde le vea, harélo;  
pero en lo demás recelo  
que no podré contentarte.

DON AMBROSIO

Haz, amiga, que le lea:  
que en sólo aquesto consiste  
la alegría deste triste.

CRISTINA

Digo que haré que le vea.  
Quizá, por curiosidad,  
querrá leerle Marcela:  
que se ha de usar de cautela  
con su mucha honestidad.  
No desplegaré la boca  
para decirla palabra:  
que en sus entrañas no labra

fuerza de amor, mucha o poca.

DON AMBROSIO

¿Regálala, por ventura,  
don Antonio?

CRISTINA

Como a hermana.

DON AMBROSIO

De ser su intención tan sana,  
no sé yo quién lo asegura.  
¡Oh padre mal advertido!

CRISTINA

No le tiene.

DON AMBROSIO

Sí le tiene;  
pero a mí no me conviene  
el darme por entendido.  
De las cosas que sospecho  
y de las que son tan graves,  
tenga la lengua las llaves,  
y no las arroje el pecho.

CRISTINA

Vete, señor, que allí asoma  
un paje de casa.

DON AMBROSIO

Amiga,

por tu industria y tu fatiga,  
este pobre premio toma.  
Y prométete de mí  
montes de oro, que bien puedes.

CRISTINA

La menor de tus mercedes  
suele ser un Potosí.

**(Dale una cajita pintada.)**  
**(Vase AMBROSIO, y entra QUIÑONES.)**

QUIÑONES

¿Quién era, Cristina, el lindo  
que con tanta sumisión  
debió encajar su razón?  
«Tuyo soy, y a ti me rindo».  
¡Vive el Dador de los cielos,  
que es la fregona bonita!  
Ordena, manda, pon, quita;  
ta, ta, también pide celos.

CRISTINA

El so paje, por su entono,  
que primero se tarace  
la lengua, que otra vez trace  
palabras, y no en mi abono.  
¿Hásenos vuelto otro Ocaña?  
¡Celos y más celos!

QUIÑONES

Calle,

y advierta que está en la calle.

CRISTINA

¡Ay! Por mi fe, que se ensaña  
el mancebito frión.

QUIÑONES

Cristina, menos gallarda;  
que esa gallardía aguarda...

CRISTINA

¿Qué, mi rufo?

QUIÑONES

Un bofetón.

CRISTINA

¿En mi cara?

QUIÑONES

En la del cura  
le diera, a venir a mano.

CRISTINA

¿Y que alzarás tú la mano  
contra tanta hermosura  
como pusieron los cielos  
en mis mejillas rosadas?

QUIÑONES

Siempre son desatinadas  
las venganzas de los celos.

Ocaña es éste. Camina,  
y escóndete entre la gente.

**(Éntranse QUIÑONES y CRISTINA, y sale OCAÑA.)**

OCAÑA

Partió mi sol de su Oriente,  
y al ocaso se encamina,  
y tras sí lleva la sombra  
que le sirve de arbol.  
Para mí no es este sol,  
sino niebla que me asombra.  
Plega a Dios, humilde paje,  
asombro de mi esperanza,  
que ni valgas por privanza,  
ni te estimen por linaje;  
sirvas a un catar[r]ibera,  
que te dé corta ración;  
sea tu estado un bodegón;  
no te dé luto, aunque muera;  
y cuando el cielo te adiestre  
a servir a un titulado,  
tu enemigo declarado  
el maestresala se muestre.  
De las hachas no te valgas,  
ni de relieves veas gozo,  
y nunca te salga el bozo,  
porque de paje no salgas.  
Póngante infames renombres;  
juegues; pierdas la ración,  
que es la mayor maldición  
que pueden darte los hombres.

**(Éntrase OCAÑA.)**

**(Sale MUÑOZ.)**

MUÑOZ

Despierto y durmiendo, estoy  
pensando siempre y soñando  
cuándo ha de llegar el cuándo  
mude el pellejo en que estoy;  
cuándo querrá aquel planeta  
que sobre mí predomina,  
que remedien mi rüina  
el gran sastre y la bayeta.  
Diles la memoria, y diles,  
previniendo mil barruntos,  
de los más sutiles puntos  
las respuestas más sutiles;  
pero, con todo, me pesa  
de haberme empeñado así,  
porque tengo para mí  
ser de peligro la empresa.

**(Entran DON ANTONIO y TORRENTE en hábito de peregrino.)**

DON [ANTONIO]

Mucho más es melindre que advertencia,  
y hase tenido confianza poca  
de quien yo soy. Por Dios, que estoy corrido.

MUÑOZ

¡Válgate el diablo! ¿Qué disfraz es éste?  
Esto no puse yo en la lista.

TORRENTE

Digo

que el señor don Silvestre de Almendárez  
no pudo más. El caso fue forzoso,  
y la borrasca tal, que nos convino  
alijar el navío, y echar cuanto  
en su anchísimo vientre recogía  
al mar, que se sorbió como dos huevos  
catorce mil tejuelos de oro puro.

Al cielo las promesas y oraciones  
volaban más espesas que las nubes,  
que la cara del sol cubrían entonces;  
entre las cuales oraciones, una  
envió don Silvestre al sumo alcázar  
con tan vivos y tiernos sentimientos,  
que penetró los cascos de los cielos.

Conteníase en ella que de Roma  
aquello que se llama Siete Iglesias  
andaría descalzo peregrino,  
si Dios de aquel peligro le sacaba.

Añadió a su promesa mi persona;  
añadidura inútil, aunque buena  
en parte, pues que soy su amparo y báculo.

En fin: salimos mundos y desnudos  
a tierra, ni sé adónde, ni sé cómo,  
habiéndose engullido el mar primero  
hasta una catalnica que traíamos,  
de habilidad tan rara, y tan discreta,  
que, si no era el hablar, no le faltaba  
otra cosa ninguna.

DON [ANTONIO]

Bien, por cierto,  
la habéis encarecido; aunque yo pienso  
que catalnicas mudas valen poco.

TORRENTE

Por señas nos decía todo cuanto  
quería que entendiésemos.

MUÑOZ

¡Milagro!

TORRENTE

De perlas, ¡qué de cajas arrojamos;  
tamañas como nueces, de buen tomo,  
blancas como la nieve aún no pisada!;  
de esmeraldas, las peñas como cubas,  
digo, como toneles, y aun más grandes;  
piedras bezares, pues dos grandes sacos;  
anís y cochinilla, fue sin número.

MUÑOZ

Entre esas zarandajas, ¿por ventura  
fue bayeta al mar?

TORRENTE

¡Y el sastre y todo!

MUÑOZ

A malísimo viento va esta parva;  
no me cuadra ni esquina esta tormenta,  
puesto que viene bien para el embuste.

DON [ANTONIO]

¿En qué paraje sucedió el naufragio?

TORRENTE

Estaba yo durmiendo en aquel trance,  
y no pude del paje ver el rostro.

DON [ANTONIO]

Paraje dije; pero no me espanto,  
que aun hasta aquí os conturba la borrasca,  
ni que en ella os durmiédes; que el miedo  
tal vez suele causar sueño profundo.

TORRENTE

No quiso mi señor, ni por semejanzas,  
de cuatro mil y más ofrecimientos  
que de darle dineros se le hicieron,  
recebir sino aquellos que bastasen  
a no pedir limosna en su viaje;  
pero no supo bien hacer la cuenta,  
porque ya casi todos son gastados.

MUÑOZ

¡Válgate Satanás, qué bien lo enredas!

TORRENTE

La primera estación fue a Guadalupe,  
y a la imagen de Illescas la segunda,  
y la tercera ha sido a la de Atocha;  
a hurto quiso verte, y esta tarde  
quiere partirse a Roma; agora queda  
en San Ginés hincado de hinojos,

arrojando del pecho mil suspiros,  
vertiendo de sus ojos tiernas lágrimas,  
pidiendo a Dios que le encamine y guíe  
en el viaje santo prometido.

Yo, señor, soy ternísimo de plantas,  
a quien callos durísimos enclavan,  
de tan largo camino procedidos;  
querría que se diese alguna traza  
de que por quince días descansásemos,  
para tomar aliento y refrigerio  
en el nuevo camino que se espera.

Además, que también [él] es ternísimo,  
y podría el cansancio fatigalle,  
de modo que el camino con la vida  
se acabase en un punto: caso triste  
si tal viniese a ser, por el tremendo  
dolor que sentiría mi señora  
doña Ana de Briones, madre suya.

DON [ANTONIO]

Vamos, que yo pondré remedio en todo.

TORRENTE

No hay decir, señor, que yo te he visto,  
porque me ha de matar si es que tal sabe.  
¡Oh pecador de mí!, ¡Éste es que viene!  
¡En la red me ha cogido! ¡Negativa,  
señor; si no, yo muero!

DON [ANTONIO]

No hayas miedo.

**(Entra CARDENIO, como peregrino.)**

Mi señor don Silvestre de Almendárez,  
¿para qué es encubriros de quien tiene  
tantas obligaciones de serviros?

CARDENIO

¡Oh traidor, malnacido! Por Dios vivo,  
que os engaña, señor, este embustero:  
que yo no soy aqueso don Silvestre  
que dices de Almendárez, sino un pobre  
peregrino, y tan pobre.

TORRENTE

¿Qué me miras?  
Yo no le he dicho nada; y si lo he dicho,  
digo que miento una y cien mil veces.  
[Aparte, a DON ANTONIO.]  
¡Vive Dios!, que es el mismo que te digo.  
Apriétale, y conjúrale, y confiese.

DON [ANTONIO]

¡Por Dios, primo y señor, que es caso fuerte  
negarme esta verdad! ¿Qué importa vengas  
rico o pobre a tu casa, que es la mía?

TORRENTE

¡Eso es lo que yo digo, pesia al mundo!

DON [ANTONIO]

¿Mandabas tú a los vientos, o pudiste  
del proceloso mar las altas olas

sosegar algún tanto? ¿No es locura  
hacer caso de honra los sucesos  
varios de la fortuna, siempre inestable,  
o, por mejor decir, del cielo firme?

TORRENTE

¡Ea, señor, que ya pasa de raya  
tan grande pertinacia! ¡Vive Roque,  
señor, que es don Silvestre de Almendárez,  
vuestro primo y cuñado, el peregrino,  
y mi amo, que es más!

CARDENIO

Pues tú lo dices,  
no quiero más negarlo, pues no importa.  
Dadme, señor, las manos.

DON [ANTONIO]

Doy los brazos,  
y el alma en su lugar, querido primo.

CARDENIO

Tomad los míos, que, entre aquestos brazos,  
también os doy mi alma.

[A TORRENTE.]

En recompensa,  
no te la cubriré pelo, si puedo.

TORRENTE

Que no temo amenazas mal nacidas,  
porque esto es lo que importa a nuestro hecho.

MUÑOZ

¿Y cómo?

DON [ANTONIO]

No hayáis miedo que se os toque  
al pelo de la ropa por lo dicho.

TORRENTE

Mi señor es discreto, y verá presto  
de cuán poca importancia era el silencio,  
en semejante caso.

DON [ANTONIO]

Señor primo,  
vamos a casa, y sepa vuestra esposa  
vuestra buena venida y deseada.

CARDENIO

Siempre he de obedecer.

MUÑOZ

¡Qué bien trazada  
quimera! Si ella llega a colmo, espero  
un Potosí de barras y dinero.

TORRENTE

¿Qué os parece, Muñoz?

MUÑOZ

Que me parece  
que es verdad cuanto ha dicho, y que lo veo.

TORRENTE

¡Y cómo que es verdad! Sin que le falte  
un átomo, una tilde, una meaja.

**(Éntranse DON ANTONIO, CARDENIO y TORRENTE.)**

MUÑOZ

Términos tienen estos socarrones  
de hacerme a mí entender que la borrasca  
y el alijo de ropa es verdadero.  
Ahora bien, veremos lo que pasa,  
que, una por una, los dos ya están en casa.

**FIN DE LA PRIMERA JORNADA**

## Jornada II

**Salen MARCELA y DOROTEA, con una almohadilla, y CRISTINA.**

MARCELA

Andas con vergüenza poca,  
Cristina, muy inquieta,  
y, con puntos de discreta,  
das mil puntadas de loca.  
Sabed, señora, una cosa:  
que, entre las prendas de honor,  
es tenida por mejor  
la honesta que la hermosa.

CRISTINA

[Aparte.]

Señora me llama. ¡Malo!  
que ya sé por experiencia  
que no hay dos dedos de ausencia  
desta cortesía a un palo.

MARCELA

¿Qué murmuras, desatada,  
maliciosa y atrevida?

CRISTINA

Nunca murmuré en mi vida.

MARCELA

¿Qué dices?

CRISTINA

No digo nada.

¡Tenga el Señor en el cielo  
a mi señora la vieja!

MARCELA

Desas plegarias te deja.

CRISTINA

Pronúncialas mi buen celo.

Si ella fuera viva, sé  
que otro gallo me cantara,  
y que ninguna no osara  
reñirme; no, en buena fe.

¡Tristes de las mozas  
a quien trujo el cielo  
por casas ajenas  
a servir a dueños,  
que, entre mil, no salen  
cuatro apenas buenos,  
que los más son torpes  
y de antojos feos!

¿Pues qué, si la triste  
acierta a dar celos  
al ama, que piensa  
que le hace tuerto?

Ajenas ofensas  
pagan sus cabellos,  
oyen sus oídos  
siempre vituperios,  
parece la casa

un confuso infierno;  
que los celos siempre  
fueron vocingleros.  
La tierna fregona,  
con silencio y miedo,  
pasa sus desdichas,  
malogra requiebros,  
porque jamás llega  
a felice puerto  
su cargada nave  
de malos empleos.  
Pero, ya que falte  
este detrimento,  
sobran los del ama,  
que no tienen cuento:  
«Ven acá, suciona.  
¿Dónde está el pañuelo?  
La escoba te hurtaron  
y un plato pequeño.  
Buen salario ganas;  
dél pagarme pienso,  
porque despabiles  
los ojos y el seso.  
Vas y nunca vuelves,  
y tienes bureo  
con Sancho en la calle,  
con Mingo y con Pedro.  
Eres, en fin, pu...  
El ta diré quedo,  
porque de cristiana  
sabes que me precio».  
Otra vez repito,

con cansado aliento,  
con lágrimas tristes  
y suspiros tiernos:  
¡triste de la moza  
a quien trujo el cielo  
por casas ajenas!

DOROTEA

Señoras, ¿qué es esto?  
Cristinica, amiga,  
dime: ¿con qué viento  
esta polvareda  
has alzado al cielo?

MARCELA

La desenvoltura  
es un viento cierzo  
que del rostro ahuyenta  
la vergüenza y miedo.  
Pero yo haré,  
si es que acaso puedo,  
si ella no se emienda,  
lo que callar quiero.

**(Entra QUIÑONES, el paje.)**

QUIÑONES

Don Antonio, mi señor,  
entra con dos peregrinos.

**(Entran DON ANTONIO, CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.)**

DON [ANTONIO]

¿Vuestros intentos divinos  
fueran disculpa al rigor  
del no vernos?

CARDENIO

Así es;  
pero yo, señor, holgara  
que esta deuda se pagara  
de espacio, y fuera después  
de mi peregrinación,  
que no se puede excusar.

DON [ANTONIO]

Fácilmente habéis de hallar  
en mi voluntad perdón.

CARDENIO

¿Es mi señora y mi prima?

DON [ANTONIO]

La misma.

CARDENIO

¡Oh mi señora,  
rico archivo donde mora  
de la belleza la prima!  
No me niegues estos pies,  
pues no merezco esas manos.

DOROTEA

Peregrinos cortesanos  
son éstos.

DON [ANTONIO]

No tan cortés,  
señor primo, que mi hermana  
está del caso suspensa.

MUÑOZ

[Aparte.]

La traza de lo que él piensa  
es más cortés que no sana.

MARCELA

Señor, para que me muestre  
con el respeto debido  
a quien sois, el nombre os pido.

CARDENIO

Vuestro primo don Silvestre  
de Almendárez; vuestro esposo,  
o el que lo tiene de ser.

MARCELA

Mudaré de proceder  
con un huésped tan famoso:  
los brazos habré de daros,  
que no los pies, primo mío.

MUÑOZ

[Aparte.]

Destos principios yo fío  
que son más dulces que caros.

CARDENIO

No fue huracán el que pudo  
desbaratar nuestra flota,  
ni torció nuestra derrota  
el mar insolente y crudo;  
no fue del tope a la quilla  
mi pobre navío abierto,  
pues he llegado a tal puerto,  
y pongo el pie en tal orilla;  
no mi[s] riquezas sorbieron  
las aguas que las tragaron,  
pues más rico me dejaron  
con el bien que en vos me dieron.

Hoy se aumenta mi riqueza,  
pues con nueva vida y ser,  
peregrino llego a ver  
la imagen de tu belleza.

**(Entra OCAÑA.)**

OCAÑA

Desta común alegría  
alguna parte quizá  
mi tristeza alcanzará,  
que está como estar solía.  
Desde aquí quiero mirarte,  
si es que te dejas mirar,  
de mi suerte amargo azar,  
de mi bien el todo y parte.  
Puesto en aqueste rincón,  
como lacayo sin suerte,

veré quizá de mi muerte  
alguna resurrección.

MARCELA

La desventura mayor,  
más espantosa y temida,  
es la de perder la vida.

DON [ANTONIO]

Primero es la del honor.

MARCELA

Ansí es; y pues vos, primo,  
con honra y vida venís,  
mal haréis si mal sentís  
del mal que por bien yo estimo.  
Y en llegar adonde os veis,  
habéis de tener por cierto  
que habéis arribado a un puerto  
adonde restauraréis  
las riquezas arrojadas  
al mar, siempre codicioso.

CARDENIO

Tendrá el que fuere tu esposo  
las venturas confirmadas.

TORRENTE

¿Doncella acaso es de casa?

CRISTINA

No soy sino de la calle.

TORRENTE

Eso no; que aquesse talle  
a los de palacio pasa.  
¿Sirve en ella?

CRISTINA

Soy servida.

TORRENTE

La respuesta ha sido aguda.

OCAÑA

Ten, pulcra, la lengua muda;  
no la descosas, perdida.

TORRENTE

¿El nombre?

CRISTINA

Cristina.

TORRENTE

Bueno;  
que es dulce, con ser de rumbo.  
¿Túmbase?

CRISTINA

Yo no me tumbo.  
Basta; que tiene barro  
el indianazo gascón.

TORRENTE

Yo, señora, como ves,  
soy criollo perulés,  
aunque tiro a borgoñón.

DON [ANTONIO]

Reposaréis, primo mío,  
y después saber querría  
del buen estar de mi tía,  
de vuestro padre y mi tío.

OCAÑA

¡Oh peregrino traidor,  
cómo la miras! ¡Oh falsa,  
cómo le vas dando salsa  
al gusto de su sabor!

TORRENTE

Pluguiera a Dios que nunca aquí viniera;  
o, ya que vine aquí, que nunca amara;  
o, ya que amé, que amor se me mostrara,  
de acero no, sino de blanda cera...

CARDENIO

Depositario fue el mar  
de tus cartas y presentes.

OCAÑA

[Aparte.]

¡El alma tengo en los dientes!  
¡Casi estoy para espirar!

TORRENTE

...O que de aquesta fregonil guerrera,  
de los dos soles de su hermosa cara,  
no tan agudas flechas me arrojara,  
o menos linda y más humana fuera.

MARCELA

Entrad, señor, do podáis  
mudar vestido decente.

CARDENIO

Mi promesa no consiente  
que esa merced me hagáis.

TORRENTE

[Aparte.]

Éstas sí son borrascas no fingidas,  
de quien no espero verdadera calma,  
sino naufragios de más duro aprieto.

CARDENIO

No puedo mudar de traje  
por un tiempo limitado:  
que esta pobreza ha causado  
la tormenta del viaje.

TORRENTE

¡Oh, tú, reparador de nuestras vidas,  
Amor, cura las ansias de mi alma,  
que no pueden caber en un soneto!

DON [ANTONIO]

A no ser tan perfecto,  
primo, vuestro designio, yo hiciera  
que por otra persona se cumpliera.

**(Éntrase MARCELA, DON ANTONIO, DOROTEA, y CRISTINA y  
CARDENIO. Quedan en el teatro MUÑOZ, TORRENTE y OCAÑA.)**

MUÑOZ

No me habléis, Torrente hermano,  
que nos escuchan, y siento  
que en nuestro famoso intento  
el callar es lo más sano.

**(Éntrase MUÑOZ.)**

OCAÑA

Si a mí el ojo no me miente,  
sé con gran certinidad  
que vuestra paternidad  
tiene el alma algo doliente.  
[Es] C[r]istinica un harpón,  
es un virote, una jara  
que el ciego arquero dispara,  
y traspasa el corazón.  
Es un incendio, es un rayo.  
¿Cómo un rayo? Dos y tres.

TORRENTE

Y vuesa merced, ¿quién es?

OCAÑA

Soy desta casa el lacayo;  
y, aunque en la caballeriza  
me arrincono, el amor ciego,  
con su yelo y con su fuego,

me consume y martiriza.  
Entre el harnero y pesebre,  
entre la paja y cebada,  
de noche y de madrugada,  
me embiste de amor la fiebre.

TORRENTE

¿Y es Cristina la ocasión  
de tan grande encendimiento?

OCAÑA

No sé quién es; sé que siento  
el alma hecha un carbón.

TORRENTE

Si es Cristina, pondré pausa  
en ciertos recién nacidos  
pensamientos atrevidos  
que su memoria me causa.  
No pienso en manera alguna  
seros rival: que sería  
género de villanía  
que al ser quien yo soy repugna.  
Honestísimo decoro  
se guardará en esta casa,  
puesto que me arda la brasa  
desta niña a quien adoro.  
Quebrantaré en la pared  
mis pensamientos primeros,  
con gusto de conoceros  
para haceros merced.  
Porque no han de naufragar  
siempre las flotas: que alguna

tendrá próspera fortuna  
para podérsela dar.

OCAÑA

Beso tus pies, peregrino,  
único, raro y bastante  
a ablandar en un instante  
un corazón diamantino.

Yo, en quien nacieron barruntos  
de celos cuando te vi,  
a tus pies los pongo aquí,  
semivivos y aun difuntos.

TORRENTE

Alzaos, señor; no hagáis  
sumisión tan indecente,  
que humillaré yo mi frente  
si es que la vuestra no alzáis.  
Dadme los brazos de amigo,  
que lo hemos de ser los dos  
gran tiempo, si quiere Dios,  
que es de mi intención testigo.

OCAÑA

Como tú, señor, me abones  
con tu amistad peregrina,  
doy por cordera a Cristina  
y por cabrito a Quiñones.

TORRENTE

Por verte con gusto, voy  
alegre, así Dios me salve.

OCAÑA

[Aparte.]

Para éstas, que yo os calve,  
o no seré yo quien soy.

**(Éntranse TORRENTE y OCAÑA.)**

**(Entra DON AMBROSIO.)**

DON AMBROSIO

Por ti, virgen hermosa, esparce ufano,  
contra el rigor con que amenaza el cielo,  
entre los surcos del labrado suelo,  
el pobre labrador el rico grano.

Por ti surca las aguas del mar cano  
el mercader en débil leño a vuelo;  
y, en el rigor del sol como del yelo,  
pisa alegre el soldado el risco y llano.

Por ti infinitas veces, ya perdida  
la fuerza del que busca y del que ruega,  
se cobra y se promete la vitoria.

Por ti, báculo fuerte de la vida,  
tal vez se aspira a lo imposible, y llega  
el deseo a las puertas de la gloria.

¡Oh esperanza notoria,  
amiga de alentar los desmayados,  
aunque estén en miserias sepultados!

**(Entra CRISTINA.)**

CRISTINA

Habrá fiesta y regodeo,  
y la parentela toda

vendrá, sin duda, a la boda.

DON AMBROSIO

Mi norte descubro y veo.

¡Oh dulcísima Cristina!

CRISTINA

De alcorza debo de ser.

DON AMBROSIO

Tribunal do se ha de ver

lo que el Amor determina

en mi contra o mi provecho.

CRISTINA

¡Estraña salutación!

DON AMBROSIO

La lengua da la razón

como la saca del pecho.

Pero vengamos al punto.

Mi esperanza, ¿cómo está?

¿Ha de morir? ¿Vivirá?

¿Contaréme por difunto?

¿Dificúltase la empresa?

¡Presto, que me vuelvo loco!

CRISTINA

Idos, señor, poco a poco,

que preguntáis muy apriesa.

DON AMBROSIO

Más apriesa me consume  
el vivo incendio de amor.

CRISTINA

En sólo un punto el rigor  
suyo se abrevia y resume,  
y es que puedes ya contar  
a Marcela por casada.

Ya no es suya: ya está dada  
a quien la sabrá estimar.

DON AMBROSIO

No me digas el esposo,  
que, sin duda, es don Antonio.

CRISTINA

Levantas un testimonio  
que pasa de mentiroso.  
¿Con su hermana?

DON AMBROSIO

¡Ah Cristinica!  
¿Qué es eso? ¿Cubierta y pala  
con que una obra tan mala  
se apoya y se fortifica?

CRISTINA

Que es con su primo.

DON AMBROSIO

¿Qué es esto,  
cielo siempre soberano?

¿Hoy primo el que ayer fue hermano?

¿Cámbiase un hombre tan presto?

CRISTINA

Digo que es un peregrino,  
primo suyo y perulero,  
de tan soberbio dinero,  
que de las Indias nos vino.  
De oro más de cien mil tejos  
se sorbió el mar como un huevo,  
deste peregrino nuevo,  
que no está de ti muy lejos,  
porque vesle allí dó asoma.

DON AMBROSIO

¡Y que esto en el mundo pase!

CRISTINA

Puesto que antes que se case,  
entiendo que ha de ir a Roma.

**(Entran CARDENIO, TORRENTE y MUÑOZ.)**

DON AMBROSIO

Embustero y perulero,  
atrevido e insolente,  
¿por qué te haces pariente  
de la vida por quien muero?

TORRENTE

Descornado se ha la flor;  
perecemos.

MUÑOZ

Malo es esto;  
la traza se ha descompuesto  
al primer paso.

CARDENIO

Señor,  
no te entiendo, ni imagino  
por qué tan acelerado  
la maldita has desatado  
contra un noble peregrino.

MUÑOZ

Quien dijere que yo di  
lista a nadie, mentirá  
cuantas veces lo dirá.  
No sino lléguese a mí,  
que fabrico en ningún modo  
castillos mal prevenidos.

TORRENTE

[Aparte.]

Antes de ser convencidos,  
éste lo ha de decir todo.  
¡Oh levantadas quimeras  
en el aire, cual yo dije!

DON AMBROSIO

Por el Cielo que nos rige,  
que si acaso perseveras  
en el embuste que intentas,

primero que en algo aciertes,  
ha de ser una y mil muertes  
el remate de tus cuentas.  
Vuélvete a tu Potosí,  
deja lograr mi porfía.

CARDENIO

Aquéste ya desvaría.

TORRENTE

Así me parece a mí.

CRISTINA

Don Francisco y mi señor  
son éstos. ¡Pies, a correr!

**(Éntrase CRISTINA.)**

**(Salen DON FRANCISCO y DON ANTONIO.)**

DON FRANCISCO

Todo aqueso puede ser:  
que a más obliga el rigor  
de un celoso, si es honrado,  
como el padre de Marcela.

DON AMBROSIO

Éste es el que urdió la tela  
que tan cara me ha costado.  
¿Qué rigor de estrella ha sido,  
señor don Antonio, aquel  
que de piadoso en crüel  
contra mí os ha convertido?  
¿Y qué peregrino es éste,

tan medido a vuestro intento,  
que queréis que su contento  
a mí la vida me cueste?  
Mía es Marcela, si el cielo  
quisiere y si vos queréis:  
que en vuestra industria tenéis  
de mi mal todo el consuelo.  
No es desigual mi linaje  
del suyo, y su padre creo  
que deste igual himeneo  
no ha de recibir ultraje.  
Si él la escondió en vuestra casa  
por quitármela delante,  
ved, si acaso sois amante,  
lo que el alma ausente pasa.

DON FRANCISCO

Éste habla de Marcela  
Osorio, y no de tu hermana.

DON [ANTONIO]

La presunción está llana,  
gran mal mi alma recela.  
Desta vana presunción  
y mal formados antojos  
os han de dar vuestros ojos  
la justa satisfacción.  
Veníos conmigo, y veréis  
en el engaño en que estáis.

DON AMBROSIO

Si a Marcela me lleváis,

al cielo me llevaréis.

**(Éntrase DON ANTONIO, DON FRANCISCO y DON AMBROSIO. Quedan en el teatro MUÑOZ, TORRENTE y CARDENIO.)**

CARDENIO

¡Ah Muñoz, con cuán pequeña  
ocasión habéis temblado!

MUÑOZ

Temo de verme brumado,  
y molido como alheña;  
temo que mis trazas den,  
mis embustes y quimeras,  
con mi cuerpo en las galeras,  
que no le estará muy bien.

TORRENTE

¿Sin apretaros la cuerda  
os descoséis? ¡Mala cosa!

MUÑOZ

La conciencia temerosa,  
de los castigos se acuerda.  
Pero desde aquí adelante  
pienso ser mártir, y pienso  
que paga a la culpa censo  
con temor el más constante.  
Pésame que fue la lista  
de mi letra y de mi mano,  
y este temor, que no es vano,  
todas mis fuerzas conquista.

TORRENTE

Vamos a ver en qué para  
el comenzado desastre.

MUÑOZ

Aquella bayeta y sastre  
nunca el cielo lo depara.

**(Éntranse todos.)**

**(Salen MARCELA y DOROTEA.)**

MARCELA

Este primo no me agrada,  
dulce amiga Dorotea.  
¡Plegue a Dios que por bien sea  
su venida no esperada!

DOROTEA

Como le ves mal vestido,  
no te parece galán.

MARCELA

Las galas no siempre dan  
aire y brío, ni el vestido.  
Desmayado me parece,  
aunque atrevido tal vez.

DOROTEA

De su causa eres juez.

MARCELA

Basta; poco me apetece.

DOROTEA

Parece que se ha templado  
tu hermano en su pensamiento.

MARCELA

Todavía, a lo que siento,  
anda un poco apasionado;  
no se le cae de la boca  
mi nombre, y aun todavía  
descubre una fantasía  
que en lascivos puntos toca;  
mas yo no le doy lugar  
de que esté a solas conmigo.

DOROTEA

Eso es lo que yo te digo,  
y lo que has de procurar.

**(Aquí han de entrar DON ANTONIO, DON FRANCISCO, CARDENIO,  
TORRENTE y MUÑOZ.)**

DON [ANTONIO]

Mirad, señor, destas dos,  
cuál es la Marcela hermosa  
que con fuerza poderosa  
os tiene fuera de vos.

DON AMBROSIO

Ésta le parece en algo,  
y no es ella; mas ya veo,  
sin duda, que es devaneo,  
y que de sentido salgo.  
Téngame Amor de su mano,  
y los cielos, si me ofenden.

MARCELA

¿O me compran o me venden?  
Decidme qué es esto, hermano.

DON AMBROSIO

No es otra cosa alguna,  
sino que la belleza  
incomparable y sola  
de otra que tiene el propio nombre vuestro,  
su donaire, su gracia,  
su honesta compostura,  
su ingenio, su linaje,  
se llevaron tras sí mis pensamientos.

Améla honestamente,  
adoréla rendido,  
solicitéla mudo,  
aunque los ojos son parleros siempre.  
Su padre, recatado,  
por algún su desinio,  
o por mi desventura,  
llevóla, y no sé adónde.

DON [ANTONIO]

Ésta es mi historia.

DON AMBROSIO

No con más diligencia  
la diosa de las mieses  
buscó a su hija amada  
hasta los escondrijos del infierno,  
como yo la he buscado

por cuanto las sospechas  
han podido llevarme,  
pensativo, solícito y ansioso.  
En esto, a mis oídos  
el nombre de Marcela  
llegó, y vuestra hermosura;  
pero no el sobrenombre de Almendárez.  
Creí que don Antonio,  
vuestro querido hermano,  
por orden de su padre  
de la Marcela Osorio, que yo busco,  
en casa la tenía,  
y, mal considerado,  
y con los celos ciego,  
hice los disparates que habéis visto.

DON FRANCISCO

¿Éstas no son lanzadas  
que te pasan el alma?

DON [ANTONIO]

Y aun rayos que la embisten,  
la hieren, desmenuzan y quebrantan.

DOROTEA

Apostaré, señora,  
que es ésta la Marcela  
por quien tu hermano gime,  
suspira y con angustia se lamenta.

TORRENTE

Un canto pesadísimo,

una montaña dura,  
una máquina inmensa,  
de acero un monte dilatado y grave,  
de sobre el pecho quito.

MUÑOZ

Y yo de sobre el alma  
una carcoma aguda.  
¡Maldito seas de Dios, amante simple!  
¡Qué confusos nos tuvo  
aqueste mentecato!  
¡Con cuán pocos indicios  
trocó las dos Marcelas el cuitado!  
Ya pensé que mi lista  
andaba por la casa  
de mano en mano. ¡Ay duro  
trance, no imaginado y repentino!

DON FRANCISCO

Pues en esta Marcela veis patente  
de vuestro pensamiento el desengaño,  
mostraos, señor, más cauto y más prudente  
otra vez que os acose vuestro engaño,  
y volved a buscar más diligente  
la causa original de vuestro daño.

DON AMBROSIO

Tiene cualquiera enamorada culpa  
fácil y compasiva la disculpa.  
Erré; mas no es el yerro de tal suerte  
que perdón no merezca.

CARDENIO

Yo imagino  
que ministró ocasión al atreverte  
este pobre sayal de peregrino.

DON [ANTONIO]

La rabia de los celos es tan fuerte,  
que fuerza a hacer cualquiera desatino.  
Sélo yo bien, que ya me vi celoso,  
atrevido, arrojado y malicioso.

DON AMBROSIO

En siglos prolongados tu ventura  
goces, ¡oh peregrino!, y tus bisnietos  
te lleven a la honrada sepultura  
sobre sus hombros, para el caso electos;  
no menoscabe el tiempo la hermosura  
de tu Marcela; celos indiscretos  
no perturben tu paz en tanto cuanto  
de vida os diere aliento el Cielo santo.  
Yo vuelvo a renovar mi pena antigua,  
buscando aquélla que me encubre el cielo,  
y, mientras dónde está no se averigua,  
un Sísifo seré nuevo en el suelo.  
De noche, como sombra o estantigua,  
llena la vista de inmortal desvelo,  
por ver el fin de mis trabajos largos,  
un lince habré de ser con ojos de Argos.

**(Éntrese DON AMBROSIO.)**

MARCELA

Desesperado se parte.

DON [ANTONIO]

Yo sin esperanza quedo,  
dulce Marcela, de hallarte.

TORRENTE

De mí se ha arredrado el miedo.

MUÑOZ

En mí ya no tiene parte;  
pero, con todo, quisiera  
que la lista se rompiera  
que di escrita de mi mano:  
que cualquier susto, aunque vano,  
la mala conciencia altera.

DON FRANCISCO

Haz cuenta, amigo, que envías,  
en este amante curioso,  
a buscar tu gloria espías.

DON [ANTONIO]

Con todo, estoy temeroso:  
que son tiernas sus porfías,  
y muchas, que es lo peor.

DON FRANCISCO

Yo lo tengo por mejor:  
que este anzuelo ha de sacar  
del profundo de la mar  
la perla que escondió Amor.

(Éntrase DON FRANCISCO y DON ANTONIO.)

CARDENIO

¿No ha sido estremado el cuento,  
señora prima?

MARCELA

Sí ha sido;  
aunque dél me ha parecido  
ir mi hermano descontento,  
pensativo y desabrido.  
Y es la causa que la dama  
que aquél busca, adora y ama  
como quiere Amor tirano,  
es la misma que mi hermano  
quiere, busca, nombra y llama.  
Y yo, simple, imaginaba  
ser yo la hermosa Marcela  
a quien mi hermano llamaba,  
y con malicia y cautela  
a las manos le miraba,  
a los ojos y a la boca,  
y con no advertencia poca  
ponderaba sus razones,  
sus movimientos y acciones.

DOROTEA

Curiosidad simple y loca.  
Pídele perdón.

MARCELA

No quiero,  
pues nunca arraigó en mi pecho  
el pensamiento primero.

CARDENIO

Y más, que te ha satisfecho  
tan llano y tan por entero.

MUÑOZ

¿Hemos de hacer la visita  
de mi señora doña Ana?

MARCELA

Todavía es de mañana,  
y el frío la gana quita  
de hacer visitas agora.  
Ven, amiga Dorotea;  
vamos donde el sol nos vea.

DOROTEA

¡Y cómo que iré, señora!  
¡Que tiritito, ti, ti, ti!  
¡Insufrible frío hace!

**(Éntranse MARCELA y DOROTEA.)**

TORRENTE

El tuyo a mí me desplace.  
¿Para qué veniste aquí,  
Cardenio, si te has de estar  
como una estatua sin lengua?  
Allá voy, y no hago mengua.  
¿Piensas que se te ha de entrar

la ventura por la puerta,  
y arrojársete en la cama?

CARDENIO

A mi yelo y a mi llama  
ningún medio las concierto.  
Cuando de Marcela ausente  
algún breve espacio estoy,  
ardo de atrevido, y doy  
en pensar que soy valiente;  
pero apenas me da el cielo  
lugar para a solas vella,  
cuando estoy, estando ante ella,  
frío mucho más que el yelo.

TORRENTE

Con ese yelo no habrá  
ostugo que nos alcance.

MUÑOZ

Cierto que yo he echado un lance  
que a los ojos me saldrá,  
si a las espaldas no sale  
primero. ¡Oh viejo imprudente!  
Bien merecéis, inocente,  
que se evapore y exhale  
el alma con el más chico  
temor que te sobresalte.

CARDENIO

Cuando yo, Muñoz, os falte,  
cuando yo no os haga rico,

jamás del Pirú me venga  
el mi esperado tesoro.

MUÑOZ

¡Que no me vuelva yo moro,  
y que yo paciencia tenga  
para escuchar lo que escucho!  
¿Dónde está el oro, señores  
socarrones, embaidores?

TORRENTE

Muñoz, que ha de venir mucho.

MUÑOZ

¿De qué Pirú ha de venir,  
de qué Méjico o qué Charcas?

TORRENTE

Cuatro cofres y seis arcas  
puedes desde luego abrir  
para echar cuatro mil barras,  
y aun son pocas las que digo.

MUÑOZ

Tente; que Dios sea contigo,  
Torrente, que te desgarras.  
Con el sastre y la bayeta  
estaría yo contento.

TORRENTE

Sastres pasarán de ciento.

MUÑOZ

La bayeta es la que aprieta  
al deseo de tenella.

TORRENTE

Déjenme los dos aquí,  
que viene Cristina allí,  
y me importa hablar con ella.

**(Vanse MUÑOZ y CARDENIO.)**

**(Entra CRISTINA.)**

¿Que es posible, flor y fruto  
del árbol lindo de amor,  
que ha de andar por tu rigor  
siempre mi alma con luto?  
¿Que es posible que un potente  
indiano no te remate  
ni que a tu dureza mate  
la blandura de Torrente?

**(Entra OCAÑA en calzas y en camisa, con un mandil delante, y con un harnero y una almohaza; entra puesto el dedo en la boca, con pasos tímidos, y escóndese detrás de un tapiz, de modo que se le parezcan los pies no más.)**

¿Que es posible que no precies  
los montones de oro fino,  
y por un lacayo indino  
un perulero desprecies?  
¿Que no quieras ser llevada  
en hombros como cacique?  
¿Que huigas de verte a pique  
de ser reina coronada?  
¿Que por las faltas de España,

que siempre suelen sobrar,  
no quieras ir a gozar  
del gran país de Cucaña?  
¿Que te tenga avasallada  
un lacayo de tal modo,  
que por él dejes el todo,  
y te acojas al nonada?  
¿Que a un borracho te sujetes,  
que cuela tan sin estorbos,  
que unos sorbos y otros sorbos  
son sus briznas y luquetes?  
¡Oh mujeres, que tenéis  
condición de escarabajo!

CRISTINA

Hablad, Torrente, más bajo,  
si por ventura podéis;  
que dicen que las paredes  
a veces tienen oídos.

TORRENTE

Los tuyos tienes tapidos  
a la voz de mis mercedes.  
Deja aquese socarrón,  
que tu deshonra procura,  
y fabrica tu ventura  
con tu mucha discreción.

CRISTINA

Pues ¿quírole yo, mezquina,  
o, por ventura, hago caso  
yo de buzaque?

TORRENTE

Hablad paso;  
moderad la voz, Cristina,  
que no sabéis quién os oye,  
y haced con prudencia diestra  
que la humilde suerte vuestra  
con la que tengo se apoye,  
y veréisos encumbrada  
sobre el cerco de la luna.

CRISTINA

Esa próspera fortuna  
para mí no está guardada,  
que soy una pecadora  
inútil, una mozuela  
de mantellina y chinela,  
no buena para señora;  
y más, estando abatida  
y murmurada de Ocaña.

TORRENTE

Muéveme ese llanto a saña;  
perderá Ocaña la vida.

CRISTINA

Con sólo media docena  
de palos que tú le des,  
rendida vendré a tus pies.

TORRENTE

Blanda y moderada pena

a tanta culpa le das;  
mejor fuera que la lengua  
que se desmandó en tu mengua  
se le cortara, y aun más.

CRISTINA

Palos bastan; vete en paz.

TORRENTE

El cielo quede contigo.

CRISTINA

Procura hacer lo que digo,  
secreto, astuto y sagaz.

**(Éntrase TORRENTE.)**

¡Ay Jesús! ¿Quién está aquí?  
¿Qué pies son éstos, cuitada?

**(Sale OCAÑA.)**

OCAÑA

Cacica en hombros llevada  
desde Lima a Potosí:  
yo soy, vesme aquí presente,  
hecho estafermo sufrible  
a tu rancor tan terrible  
y a los palos de Torrente.  
Pocos son media docena;  
la piedad en ti florece:  
que mi culpa bien merece  
cuatrodoblada la pena.

Mas yo no tengo por culpa  
el amarte y avisarte  
que de aquello has de guardarte  
que te obligue a dar disculpa.

CRISTINA

Por vida tuya, lacayo  
el más discreto de España,  
que todo ha sido maraña  
burlona y de alegre ensayo;  
porque pensaba avisarte  
en viéndote.

OCAÑA

Una por una,  
tú estarás sobre la Luna,  
sobre el Sol y aun sobre Marte;  
yo, mísero, apaleado,  
tendido por ese suelo.

CRISTINA

Nunca tal permita el cielo.

OCAÑA

Tú misma me has condenado.

CRISTINA

Ya te he dicho la verdad:  
que burlaba; y esto baste.

OCAÑA

Pues ¿por qué, di, le intimaste

secreto y sagacidad?

CRISTINA

Porque, advirtiéndote a ti  
del caso, y estando alerta,  
fuese la burla más cierta  
y más buena.

OCAÑA

Fuera ansí,  
cuando tú no confirmaras  
con lágrimas tu deseo.

CRISTINA

Luego, ¿no me crees?

OCAÑA

Sí creo;  
mas reparo.

CRISTINA

¿En qué reparas?

OCAÑA

En las lágrimas, y en ver  
que no son burlas risueñas  
las que descubren por señas  
matar, rajar y hender.  
Pero tú forja en tu fragua  
tus embustes, que yo espero  
que ha de ver el mundo entero  
el que lleva el gato al agua.  
Entra y dame la cebada,

o darásmela después.

«¡Rendida vendré a tus pies!»

CRISTINA

¿Esa razón no te agrada?

Pero él no verá cumplida  
tal promesa en vida suya.

OCAÑA

¿Tomara yo alguna tuya,  
puesto que fuera fingida?

CRISTINA

No seas tan ignorante;  
muestra, que yo volveré.

**(Dale el harnero.)**

Con esto me quitaré  
dos importunos delante.

**(Éntrase CRISTINA.)**

OCAÑA

Que de un lacá la fuerza poderó-,  
hecha a machamartí con el trabá-,  
de una fregó le rinda el estropá-,  
es de los cie no vista maldició-.  
Amor el ar en sus pulgares to-,  
sacó una fle de su pulí carcá-,  
encaró al co, y diome una flechá-,  
que el alma to y el corazón me do-.  
Así rendí, forzado estoy a cre-

cualquier mentí de aquesta helada pu-,  
que blandamen me satisface y hie-.  
¡Oh de Cupí la antigua fuerza y du-,  
cuánto en el ros de una fregona pue-,  
y más si la sopil se muestra cru-!

## **FIN DE LA SEGUNDA JORNADA**

## Jornada III

**Entra DON ANTONIO.**

DON [ANTONIO]

En la sazón del erizado invierno,  
desnudo el árbol de su flor y fruto,  
cambia en un pardo desabrido luto  
las esmeraldas del vestido tierno.  
Mas, aunque vuela el tiempo casi eterno,  
vuelve a cobrar el general tributo,  
y al árbol seco, y de su humor enjuto,  
halla con muestras de verdor interno.  
Torna el pasado tiempo al mismo instante  
y punto que pasó: que no lo arrasa  
todo, pues tiemplan su rigor los cielos.  
Pero no le sucede así al amante,  
que habrá de perecer si una vez pasa  
por él la infernal rabia de los celos.

**(Entra DON FRANCISCO.)**

DON FRANCISCO

Siempre han de herir los vientos,  
amigo, en cualquier sazón  
los ayes de tu pasión,  
los ecos de tus lamentos.

DON [ANTONIO]

Si acaso quiero entonar  
alguna voz de alegría,

siento que la lengua mía  
se me pega al paladar.  
A mi angustia, a mi dolencia  
no dan alivio los cielos:  
que no le tienen los celos,  
ni le consiente la ausencia.

DON FRANCISCO

No hay extremo sin su medio,  
ni es eterna humana suerte:  
sólo no tiene la muerte  
en la vida algún remedio.  
Naturaleza compuso  
la suerte de los mortales  
entre bienes y entre males,  
como nos lo muestra el uso.  
Esta verdad sé bien yo,  
sin que en probarla porfíe:  
ayer lloraba el que hoy ríe,  
y hoy llora el que ayer rió.

DON [ANTONIO]

¡Oh, qué filósofo vienes,  
don Francisco!

DON FRANCISCO

Yo confieso  
que lo soy por el progreso  
de tus males y tus bienes.  
Dame los brazos y albricias.

DON [ANTONIO]

Los brazos veslos aquí,  
y las albricias de mí  
llevarás, si las codicias;  
pero yo no sé de qué  
me las pides.

DON FRANCISCO

Yo las pido  
de que el Amor ha entendido  
los quilates de tu fe,  
y te la quiero premiar  
con entregarte a Marcela.

DON [ANTONIO]

Sé que es burla, y llevaréla  
con tu gusto y mi pesar;  
pero no sé qué te mueve  
a hacer burla de un amigo  
tal como yo.

DON FRANCISCO

Verdad digo,  
y escucha, que seré breve.  
Su padre de Marcela...

DON [ANTONIO]

¡Oh nombres cordialísimos  
de Marcela y su padre!

DON FRANCISCO

Escucha: no seas tonto.

DON [ANTONIO]

Escucho y soylo.

DON FRANCISCO

Esta mañana, estando  
en misa en San Jerónimo,  
al salir de la iglesia  
me tomó por la mano.

DON ANTONIO

¡Oh dulce toque!

DON FRANCISCO

¿Qué toque dulce puede  
dar la mano de un viejo?  
Traslúceseme, amigo,  
que así estáis vos en vos, como en el cuento.

DON [ANTONIO]

Luego, ¿no fue Marcela  
la que os tocó la mano?

DON FRANCISCO

Que no, sino su padre.

DON ANTONIO

No entendí bien. Seguid, que estoy suspenso.

DON FRANCISCO

Las pacíficas plantas  
de las olivas verdes  
fueron testigos ciertos

destas palabras que deciros quiero.

DON [ANTONIO]

¡Oh santísimos orbes  
de todas las esferas,  
a quien inteligencias  
supernas rigen, mueven y gobiernan!  
Haced que estas razones  
en mi provecho sean;  
lleguen a mis oídos,  
siquiera esta vez sola, alegres nuevas.

DON FRANCISCO

¡Por vida juro! ¡Muérdome  
la lengua! ¡Voto a Chito,  
que estoy por...! ¡Lleve el diablo  
a cuantos alfeñiques hay amantes!  
¡Que un hombre con sus barbas,  
y con su espada al lado,  
que puede alzar en peso  
un tercio de once arrobas de sardinas,  
llore, gima y se muestre  
más manso y más humilde  
que un santo capuchino  
al desdén que le da su carilinda...!

DON [ANTONIO]

Paréntesis es éste  
que se lleva colgada  
de cada razón suya  
mi alma aquí y allí.

DON FRANCISCO

Pues otro queda.

Pidióle a una fregona

un amante alcorzado

le diese de su ama

un palillo de dientes, y ofrecióle

por él cuatro doblones;

y la muchacha boba

trújole de su amo,

que era viejo y sin muelas, el palillo.

Él dio lo prometido,

y, engastándole en oro,

se lo colgó del cuello,

cual si fuera reliquia de algún santo.

Gemía ante él de hinojos,

y al palo seco y suyo

plegarias enviaba

que en su empresa dudosa le ayudase.

¿Y el otro presumido,

que va a las embusteras

del cedacillo y habas,

y da crédito firme a disparates?

¡Cuerpo del mundo todo!

Descubra el hombre siempre

tal valor y tal brío,

que le muestren varón a todo trance.

No se ande con esferas,

con globos y con máquinas

de inteligencias puras;

atienda, espere, escuche, advierta y mire,

o lo que en daño suyo,

o en su pro, sus amigos

quisieren descubrirle.

DON [ANTONIO]

Atiendo, espero, escucho, advierto y miro.

DON FRANCISCO

Digo, pues, que don Pedro,  
el padre de Marcela,  
me dijo estas palabras...

DON [ANTONIO]

¿Es mucho que te diga que apresures  
la comenzada plática,  
de cuyo fin depende  
o mi vida o mi muerte?

DON FRANCISCO

Díjome, en fin...

DON [ANTONIO]

¡Primero vendrá el mío!

DON FRANCISCO

¡Colérico, enfadado  
está!

DON [ANTONIO]

¡Cuerpo del mundo!  
Acaba, don Francisco,  
que está pendiente el alma de tu boca.

DON FRANCISCO

Dijo que yo sea parte,  
como que él nada entiende,  
que a Marcela, su hija,  
se la demandes por mujer.

DON [ANTONIO]

¿Qué escucho?

¿Búrlaste, amigo, o quieres  
con falsas esperanzas  
entretener las mías?

DON FRANCISCO

No burlo, juro a Dios: verdad te digo.

DON [ANTONIO]

Dame esos pies.

DON FRANCISCO

Levanta.

DON [ANTONIO]

Y pídemme en albricias  
el alma, y te la diera,  
si ya a Marcela dado no la hubiera.  
Mas dime, dulce amigo:  
¿tocaste, por ventura,  
el cuerpo de don Pedro?  
¿Viste si era fantasma o no?

DON FRANCISCO

Perdido  
estás desa cabeza.

DON [ANTONIO]

¿Que era don Pedro Osorio,  
el padre de Marcela?

DON FRANCISCO

El mismo.

DON [ANTONIO]

¡El mismo!

DON FRANCISCO

El mismo. ¿Qué es aquesto?

DON [ANTONIO]

A tanta desventura  
está el corazón hecho,  
que no puede dar crédito  
a las dichosas nuevas que le intimas;  
pero habrá de creerte,  
en fe que tú las dices:  
que el buen amigo vemos  
que es pedazo del alma de su amigo.

DON FRANCISCO

Busca a don Pedro Osorio,  
y pídele a su hija  
por legítima esposa.

DON ANTONIO

¿Dónde la tiene?

DON FRANCISCO

En Santa Cruz la tiene:  
un monesterio santo,  
que está puesto muy cerca  
de Torrejón y Cubas,  
orden del rico capitán de pobres.

DON [ANTONIO]

¿Qué le movió llevarla  
a tanto encerramiento?

DON FRANCISCO

No me metí en dibujos,  
no le pregunté nada; sólo estuve  
atento a su demanda,  
y, con la ligereza  
posible, vine a darte  
la dulce que has oído alegre nueva.

**(Entran MARCELA y CRISTINA.)**

MARCELA

Llega, Cristina, y dile  
lo que quieres.

CRISTINA

Ocúpame  
el rostro la vergüenza,  
y enmudece la lengua.

MARCELA

¡Qué melindres!

Tomarte has con un toro  
y con un hombre armado,  
¿y de mi hermano tiemblas?

DON [ANTONIO]

Pues, hermana,  
¿queréis alguna cosa?  
¿Mandáis que os sirva en algo?  
Pedid a vuestro gusto,  
que estoy en ocasión de hacer mercedes.

MARCELA

En nombre de Cristina,  
os pido deis licencia  
para que aquesta noche  
os hagan una fiesta los de casa;  
Muñoz y Dorotea,  
Torrente con Ocaña.

CRISTINA

Y nuestro buen vecino  
el barbero también, y la barbera,  
que canta por el cielo  
y baila por la tierra,  
con otro oficial suyo,  
nos tienen de ayudar; dígalo todo.

MARCELA

Dígolo todo, y digo,  
hermano, que yo gusto  
que esta fiesta se haga.

DON [ANTONIO]

Digo que soy contento, y doy licencia  
para que el cielo rompa  
en diferentes lenguas  
y en fiestas diferentes  
las cataratas del placer, y salga  
a playa mi contento.

DON FRANCISCO

Y aun, a ser necesario,  
haré yo mi figura.

[DON ANTONIO]

Y aun yo, que soy valiente recitante.

CRISTINA

Mil años, señor, vivas;  
mil regocijos buenos  
el corazón te ocupen.  
Hacerme tengo rajas esta noche.

DON [ANTONIO]

El término decente  
de honestidad se guarde,  
Cristina.

CRISTINA

¡Bueno es eso!  
Bailaremos a fuer de palaciegos.

DON [ANTONIO]

Vamos, amigo.

DON FRANCISCO

Vamos;  
aunque don Pedro agora  
no está en Madrid.

DON [ANTONIO]

¿Pues, dónde?

DON FRANCISCO

A Santa Cruz es ido,  
y volverá mañana.

DON [ANTONIO]

Vamos a dar al cielo  
gracias porque ha mirado mi buen celo.

**(Éntranse DON FRANCISCO y DON ANTONIO.)**

MARCELA

Mira, Cristina, que sea  
el baile y el entremés  
discreto, alegre y cortés,  
sin que haya en él cosa fea.

CRISTINA

Hale compuesto Torrente  
y Muñoz, y es la maraña  
casi la mitad de Ocaña,  
que es un poeta valiente.  
El baile te sé decir  
que llegará a lo posible  
en ser dulce y apacible,

pues tiene que ver y oír:  
que ha de ser baile cantado,  
al modo y uso moderno;  
tiene de lo grave y tierno,  
de lo melifluo y flautado.  
Es lacayuno y pajil  
el entremés, y me admira  
de verle una tiramira  
que tiene de fregonil.

MARCELA

La fiesta será estremada.

CRISTINA

Basta que agradable sea.

MARCELA

¿Sabe el dicho Dorotea?

CRISTINA

Ninguno no ignora nada  
de lo que a su parte toca.  
Dame, señora, lugar,  
que nos hemos de ensayar.

MARCELA

Vamos.

CRISTINA

De gusto voy loca.

**(Éntranse.)**

**(Salen TORRENTE y OCAÑA, cada uno con un garrote debajo del brazo.)**

TORRENTE

Señor Ocaña, a esta parte,  
que está más llano el camino.

OCAÑA

Por esta vez, peregrino  
traidor, no pienso de honrarte  
con darte el lado derecho,  
porque he de tomar el tuyo.  
Desas ceremonias huyo,  
lánguidas y sin provecho;  
adondequiera voy bien,  
al diestro o siniestro lado,  
y no quiero, acomodado,  
que otros lugares nos den  
del que me cupiere acaso,  
y sé yo, señor Torrente,  
que tiene de lo imprudente  
hacer destas cosas caso.

TORRENTE

¿Es daga aquese garrote,  
señor Ocaña?

OCAÑA

Es un palo  
que por martas lo señalo  
para ablandar un cogote.  
¿Y es puñal aquese vuestro?

TORRENTE

Es una penca verduga  
que las espaldas arruga  
del maldiciente más diestro.

OCAÑA

Luego, ¿vais a castigar  
algún maldiciente?

TORRENTE

Sí.

OCAÑA

Pues no pasemos de aquí,  
que yo también he de dar  
doce palos a un bellaco,  
socarrón, traidor, y miente.

TORRENTE

Si lo dices por Torrente,  
daré destierro a este saco,  
y haré en calzas y en jubón,  
ya con el palo o sin él,  
que confieses ser tú aquel  
desmentido y socarrón.

OCAÑA

Tente, Torrente; ¿estás loco?,  
ten tus cóleras a raya,  
si quieres que yo me vaya  
en las mías poco a poco.  
¿Han de fenecer aquí,

por gustos de mozas viles,  
dos Héctores, dos Aquiles?

TORRENTE

Mueran. ¿Qué se me da a mí?

OCAÑA

¡Vive Dios!, que Cristinilla  
me mandó te apalease;  
a lo menos, te reglase  
la una y otra mejilla  
con una navaja aguda:  
que es, si en ello mirar quieres,  
entre las crudas mujeres,  
la más insolente y cruda.  
Lo mismo a mí me mandó  
que a ti.

TORRENTE

Sin duda, así es.

OCAÑA

¿Y saldrá con su interés?

TORRENTE

Amigo Ocaña, eso no.  
Vivamos para beber,  
pues para beber vivimos,  
y estos dijes y estos mimos  
con otros se han de entender  
de más tiernas intenciones  
y de más sufribles lomos;  
no con nosotros, que somos

malos sobre socarrones.

Disimula; vesla allí  
donde viene; disimula.

OCAÑA

Ésta es la más mala mula  
que en mi vida rasqué o vi.

TORRENTE

Contemporicémosla.  
Quizá mudará el rigor:  
que su mudanza en mejor  
se ha de poner en quizá.

**(Entra CRISTINA.)**

CRISTINA

Apostaré que están hechos  
pedazos mis dos amantes,  
que revientan de arrogantes  
y de coléricos pechos.  
Pero allí están sosegados  
más que en misa. ¿Cómo es esto?  
Aún no se habrán descompuesto,  
que son rufos recatados.

TORRENTE

Señora Cristina mía...

CRISTINA

¿Tuya? ¡Bueno!

TORRENTE

Pues ¿que no?

CRISTINA

¿Quién a ti a Cristina dio?

TORRENTE

El dinero y la porfía.

CRISTINA

¿Qué dinero?

TORRENTE

Aquel que pienso  
darte en llegando la flota,  
si no es que, de puro rota,  
da al mar el usado censo.

CRISTINA

¿Tú no me das algo, Ocaña?

OCAÑA

Cristina, ¿yo no te he dado,  
como poeta rodado,  
del entremés la maraña?  
¿Hay día que no te cebe  
con dos cuartos y aun con tres?

CRISTINA

Si es que sale el entremés  
tal que mi señor le apruebe,  
yo me daré por pagada  
y satisfecha, que es más.

TORRENTE

Cristina, ¿no nos dirás,  
si es que el caso no te enfada,  
a cuál de los dos más quieres?

CRISTINA

Es injusta petición,  
y aquesa declaración  
no la han de hacer las mujeres  
como yo; mas, si gustáis  
que por señas os lo diga,  
haré lo que a más me obliga  
el amor que me mostráis.  
Muestra si traes un pañuelo,  
Ocaña.

OCAÑA

Sí traigo, y roto,  
y te le ofrezco devoto  
con sano y humilde celo.

CRISTINA

Toma este mío, Torrente,  
y con esto he declarado  
lo que me habéis preguntado  
honesta y discretamente.  
Y adiós; y venid, que es hora  
de ensayar el entremés.

**(Éntrase CRISTINA.)**

TORRENTE

Si no te aclaras después,  
más confuso estoy agora  
que antes de hacer la pregunta.

OCAÑA

Pues yo me aplico la palma,  
que en mi provecho mi alma  
estas razones apunta:  
a ti dio, sin darle nada,  
y, sin darme, a mí, tomó;  
con el darte, te pagó;  
llevando, queda obligada  
al pago que recibió.

TORRENTE

A quien toman lo que tiene,  
dan muestra que se aborrece;  
y en el dar, claro parece  
que más amor se contiene,  
pues con las dádivas crece.

OCAÑA

La verdad desta cuestión  
quede a la mosquetería,  
que tal hay que en él se cría  
el ingenio de un Platón.  
Estos capipardos son  
poetas casi los más,  
y tal vez alguno oirás  
que a socapa dice cosas  
que parece, de curiosas,

que las dicta Barrabás.

**(Éntrase TORRENTE y OCAÑA.)**

**(Salen DON ANTONIO, DON FRANCISCO, CARDENIO y MARCELA, y MUÑOZ.)**

DON [ANTONIO]

Quiera Dios que la fiesta corresponda  
al buen deseo de los recitantes.

MUÑOZ

Será maravillosa, porque danza  
nuestro vecino el barberito, ¡y cómo!

**(Asómase a la puerta del teatro CRISTINA, y dice:)**

CRISTINA

Pónganse todos bien, que ya salimos.

MARCELA

¿Han venido los músicos?

CRISTINA

Ya tiemplan.

**(Éntrase CRISTINA.)**

**(Salen OCAÑA y TORRENTE, como lacayos embozados.)**

TORRENTE

Paréceme que vas algo dañado,  
Ocaña.

OCAÑA

Cuando voy desta manera,  
va el juicio en su punto. Tú no sabes

cómo el calor vinático despierta  
los espíritus muertos y dormidos.  
De suerte voy que pelearé con ciento,  
sin volver el pie atrás una semínima.

CARDENIO

No es muy mala la entrada.

MUÑOZ

¿Cómo mala?  
Digo que es la mejor cosa del mundo.  
Yo soy su medio autor.

TORRENTE

Ocaña, ¿es éste  
el zagüán de la fiesta?

OCAÑA

No diviso:  
que tengo las lumbreras algo turbias  
Adonde oyeres música, repara.

TORRENTE

Escucha, que aquí sale Cristina  
y Dorotea.

OCAÑA

Cáigome de sueño.

**(Salen DOROTEA y CRISTINA como fregonas.)**

DOROTEA

Aquesta tarde, Cristinica amiga,  
pienso bailar hasta molerme el alma.

CRISTINA

Y yo, hasta reventar he de brincarme.  
¡Cómo tarda Aguedilla, la del sastre!

DOROTEA

¿Díjote que vendría?

CRISTINA

Y Julianilla,  
la del entallador, con Sabinica,  
que sirve a la beata en Cantarranas.

DOROTEA

Todas son bailadoras de lo fino.  
En fregando, vendrán.

CRISTINA

Como nosotras,  
que lo dejamos todo hecho de perlas.  
De la cena no curo; que mi amo  
dos huevos frescos sorbe, y a Dios gracias.

DOROTEA

El mío nunca cena; que es asmático,  
y con dos bocadillos de conserva  
que toma, se santigua y se va al lecho.

CRISTINA

Y tu ama, ¿qué hace? ¿No se acuesta?

DOROTEA

No toméis menos; puesta de rodillas  
dentro de un oratorio, papa santos  
dos horas más allá de los maitines.

CRISTINA

También es mi señora una bendita,  
y, por nuestra desgracia, ellas son santas.

DOROTEA

Pues ¿no es mejor, amiga, que lo sean?

CRISTINA

No; ni con cien mil leguas. Si ellas fueran  
resbaladoras de carcaño, acaso  
tropezaran aquí y allí rodaran;  
y, sabiendo nosotras sus melindres,  
tuviéramos la nuestra sobre el hito:  
ellas fueran las mozas, y nosotras  
fuéramos las patronas a baqueta,  
como dice il toscano.

DOROTEA

Verdad dices:  
que el ama de quien sabe su criada  
tiernas fragilidades, no se atreve,  
ni aun es bien que se atreva, a darle voces,  
ni a reñir sus descuidos, temerosa  
que no salgan a plaza sus holguras.

CRISTINA

¿Has visto qué calzado trae Lorenza,  
la que sirve al letrado boquiuerto?  
¿Quién se le dio, si sabes?

DOROTEA

Un su primo  
donado, que es un santo.

CRISTINA

¡Ay Dorotea,  
cómo los canonizas!

DOROTEA

Oye, hermana,  
que los músicos suenan, y el barbero,  
gran bailarín, es éste que aquí sale.

MUÑOZ

¡Vive el cielo!, que es cosa de los cielos  
el entremés.

OCAÑA

Aquel viejo me enfada;  
que le he de dar, pondré, una bofetada.

**(Entran los MÚSICOS y el BARBERO, danzando al son deste romance:)**

[MÚSICOS]

De los danzantes la prima  
es este barbero nuestro,  
en el compás acertado,  
y en las mudanzas ligero.

Puede danzar ante el rey,  
y aqueso será lo menos,  
pues alas lleva en los pies  
y azogue dentro del cuerpo.  
Anda, aguija, salta y corre  
aquí y allí como un trueno,  
adóranle las fregonas,  
respétanle los mancebos.

### OCAÑA

Oíganme, pido atención;  
no gusto destos paseos,  
deste dar coces al aire  
y puntapiés a los vientos.  
Toquen unas seguidillas,  
y entendámonos; y advierto  
que se juegue limpiamente,  
y sepan que no me duermo.

### MUÑOZ

¿Hay tal Ocaña en el mundo?  
¿Hay tal lacayo en el cielo?

### BARBERO

Alto, pues; vayan seguidas.

### CRISTINA

Sí, amigo, porque bailemos.

### MÚSICOS

Madre, la mi madre,  
guardas me ponéis;

que si yo no me guardo,  
mal me guardaréis.

#### TORRENTE

Esto sí, ¡cuerpo del mundo!,  
que tiene de lo moderno,  
de lo dulce, de lo lindo,  
de lo agradable y lo tierno.

#### MÚSICOS

Dicen que está escrito,  
y con gran razón,  
que es la privación  
causa de apetito.  
Crece en infinito  
encerrado amor;  
por eso es mejor  
que no me encerréis:  
que si yo no me guardo...

#### OCAÑA

Ya les he dicho que bailen  
a lo templado y honesto:  
que no gusto que se beban  
de las niñas el aliento.

#### BARBERO

¡Por vida del so lacayo,  
que nos deje, que aquí haremos  
lo que más nos diere gusto!

#### OCAÑA

Bailen: después nos veremos.

## MÚSICOS

Es de tal manera  
la fuerza amorosa  
que a la más hermosa  
vuelve en quimera.  
El pecho de cera,  
de fuego la gana,  
las manos de lana,  
de fieltro los pies:  
que si yo no me guardo, &c.

## TORRENTE

Tampoco a mí me contentan  
estas vueltas ni floreos:  
que se requiebran bailando,  
pues son requiebros los quiebros.

## MÚSICOS

Señores lacayos, vayan  
y monden la haza, y déjennos.

## OCAÑA

Musiquillo de mohatra,  
canta y calla, que queremos  
estar aquí a tu pesar.

## MÚSICOS

Está bien dicho; cantemos.  
Que tiene costumbre  
de ser amorosa,

como mariposa  
se va tras su lumbre,  
aunque muchedumbre  
de guardas le pongan,  
y aunque más propongan  
de hacer lo que hacéis:  
que si yo no me guardo...

#### TORRENTE

Varilla de volver tripas,  
no hagas tantos meneos;  
lagartija almidonada,  
baila a lo grave y compuesto.

#### DOROTEA

Bodegón con pies, camine,  
que aquí no le conocemos;  
calle o pase, porque olisca  
a lacayo y a gallego.

#### MUÑOZ

Éstas sí que son matracas,  
que tienen del caballero,  
de lo ilustre y de lo lindo,  
de lo propio y lo risueño.

#### OCAÑA

Bailar quiero con Cristina.

#### TORRENTE

No con mi consentimiento.  
¿No se acuerda el sor Ocaña

que a mí me dio su pañuelo,  
y que, en fe de ser su cuyo,  
sobre ella dominio tengo,  
y que los rayos del sol  
no la han de tocar, si puedo?

OCAÑA

¿Y no sabe el so Torrente  
que soy aquel que merezco  
bailar con un arzobispo,  
aunque sea el [de] Toledo?

CARDENIO

¿No pasa el baile adelante?

OCAÑA

No; que ha de pasar primero  
de Ocaña la valentía,  
su venganza y su denuedo.

TORRENTE

¡Ay narices derribadas  
y tendidas por el suelo!  
Pero toma esta respuesta:  
de Tarpeya mira Nero.

MUÑOZ

Dióle. ¡Mal haya la farsa  
y el autor suyo primero!  
Pero yo no di esta traza,  
ni escribí tal en mis versos.

BARBERO

¡Pasado de parte a parte  
está el pobre Ocaña!

MARCELA

¡Ay cielos!

BARBERO

Yo les tomaré la sangre,  
que para esto soy barbero.

DOROTEA

¡Mi señora se desmaya!

DON [ANTONIO]

Yo tengo la culpa desto,  
pues que sabía que Ocaña  
es buzaque en todo tiempo.

BARBERO

¡Paños, estopas, aguijen;  
traíganme claras de huevos!

CARDENIO

¡Huye, traidor enemigo;  
huye, traidor, que le has muerto!

TORRENTE

Mire si halla mis narices,  
porque sin ellas no pienso  
salir un paso de casa.

CARDENIO

¡Sal, que le has muerto!

TORRENTE

¡No quiero!

DOROTEA

¡Ay, sin ventura, señora!

DON [ANTONIO]

Las dos llevadla allá dentro.

Miren quién llama a esa puerta.

¡Y la rompen! ¿Qué es aquesto?

DON FRANCISCO

Yo pondré que es la justicia,

que a los llantos lastimeros

destas muchachas acude.

CRISTINA

Aqueso tengo yo bueno:

que no lloraré una lágrima

si viese a mi padre muerto;

y más, viéndome vengada

destos dos amantes ciegos,

importunos, maldicientes,

socarrones, sacrílegos,

pobres, sobre todo, y ruines:

¡mirad qué extremos extremos!

**(Entran un ALGUACIL y un CORCHETE.)**

ALGUACIL

¿Qué guitarra es aquésta?

CORCHETE

Aquí hay sangre. ¿Qué es aquesto?

TORRENTE

Yo soy, que estoy sin narices.

OCAÑA

Y yo, que estoy casi muerto.

ALGUACIL

No se me vaya ninguno;  
cierren esas puertas luego.

MUÑOZ

De aquí habremos d[e] ir...

DOROTEA

¿Adónde?

MUÑOZ

A la cárcel, por lo menos.

DON [ANTONIO]

¿No la habéis echado el agua?

DOROTEA

Ya vuelve en sí.

CORCHETE

¿Qué haremos?

¿Han de ir a la cárcel todos?

ALGUACIL

El caso sabré primero.

TORRENTE

¡Que tengo de ir a Turpia!

OCAÑA

¡Que esté tan cerca mi entierro!

¡Mete la tintera, cuitado,  
con más blandura y más tintero!

BARBERO

Más de dos palmos le cuela.

OCAÑA

Si yo cuatro azumbres cuelo,  
no es bien se mire conmigo  
en dos varas más o menos.

CORCHETE

Veamos estas narices.

TORRENTE

Paso, detente, reniego  
de tus pies y de tus patas:  
que las pisas, y tendremos  
que enderezarlas si acaso  
quedan chatas.

CORCHETE

Yo no veo  
en el suelo tus narices.

TORRENTE

Verdad, porque aquí las tengo.

MUÑOZ

¡Milagro, milagro, y grande!

OCAÑA

Tú, compasivo barbero,  
por lo hueco de una bota  
entraste la tintera a tintero.

DON [ANTONIO]

Luego, ¿todo esto es fingido?

OCAÑA

Sí, señor.

DON [ANTONIO]

¡Por Dios del cielo!,  
que estoy por hacer que salga  
lo que es fingido por cierto.  
¡Desnudar, donde hay mujeres,  
espadas!

TORRENTE

¡Ah, señor bueno,  
qué mal sientes de sus bríos!

DON [ANTONIO]

Digo que sois majadero.

ALGUACIL

Luego, ¿todo aquesto es burla?

OCAÑA

Todo aquesto es burla luego,  
pero después serán veras.

CARDENIO

¡Qué buen relente tenemos!

DON FRANCISCO

El picón, por Dios bendito,  
que ha sido de los más buenos  
que he visto hacer en mi vida.

DOROTEA

¿Bailaremos más?

CRISTINA

Bailemos.

MARCELA

No, porque aún no estoy en mí  
del sobresalto, y deseo  
reparar el accidente  
que me ha puesto en recio extremo.

DON [ANTONIO]

Entraos, hermana.

MARCELA

Vení

conmigo vosotras.

TORRENTE

Demos

sobresaltado remate

al principio de sosiego.

**(Éntranse CRISTINA, MARCELA y DOROTEA.)**

ALGUACIL

De que todo sea comedia,

y no tragedia, me alegro;

y así, a mi ronda, señores,

con vuestra licencia, vuelvo.

**(Éntranse el ALGUACIL y el CORCHETE.)**

CARDENIO

Ocaña y Torrente, digo

que el asunto fue discreto

del picón, y que se hizo

con propiedad en extremo.

MUÑOZ

El principio todo es mío,

pero no lo fue el progreso;

el perulero y Ocaña

tienen el diablo en el cuerpo.

OCAÑA

Miren la herida por quien  
metió la tintera el barbero,  
que, mientras es más profunda,  
más vida y bien me prometo.

**(Enseña una bota de vino.)**

TORRENTE

Preguntar quiero otra vez,  
mis señores mosqueteros,  
quién ha de llevar la gala  
de los trocados pañuelos.  
Pensadlo para otra vez,  
que en este sitio saldremos  
con preguntas más agudas,  
con entremeses más buenos.  
Y advertid que soy Torrente,  
perulero por lo menos,  
y os daré selvas de plata  
y mil montes de oro llenos.

OCAÑA

Hermanos, yo soy Ocaña,  
lacayo, mas no gallego;  
sé brindar y sé gastar  
con amigos cuanto tengo.

**(Éntranse todos.)**

**(Entran DON SILVESTRE DE ALMENDÁREZ, el verdadero, con una gran cadena  
de oro, o que le parezca, y CLAVIJO, su compañero.)**

DON SILVESTRE

Si no llega al retrato su hermosura,

y della ha declinado alguna parte,  
podrá buscar en otra su ventura.

#### CLAVIJO

Señor, lo que yo puedo aconsejarte  
es que procures que la vista sea  
la que desta verdad ha de informarte;  
y si tu prima acaso fuere fea,  
no faltarán excusas con que impidas  
el lazo que se teme y se desea:  
que, a darle el matrimonio por dos vidas,  
las glorias que no diera la primera,  
fueran en la segunda prevenidas.  
Un nudo solo dado a la ligera,  
aprieta, est[r]echa y liga de tal suerte,  
que dura hasta la hora postrimera.  
No fue de Gordiano el lazo fuerte  
tan duro de romper como este nudo,  
que sólo se desata con la muerte.  
Mancebo eres, pero muy sesudo,  
y así, de que has de hacer como discreto  
tan confiado estoy, que en nada dudo.

#### DON SILVESTRE

De seguir tus consejos te prometo.  
Ésta es buena coyuntura,  
porque imagino que es ésta  
mi prima.

#### CLAVIJO

Como es hoy fiesta,  
saldrá a misa.

DON SILVESTRE

¡Gran ventura!

De mi primo ésta es la casa.

Ella es; no hay qué dudar.

CLAVIJO

Toda la puedes mirar,

si es que descubierta pasa.

**(Salen MARCELA y DOROTEA, con mantos, y detrás QUIÑONES, con una almohada de terciopelo, y MUÑOZ, que lleva a MARCELA de la mano.)**

MARCELA

Delantero cargó Ocaña,

Muñoz, en el entremés.

MUÑOZ

¿No sabes, señora, que es

el mayor cuero de España?

MARCELA

Desenvainar las espadas,

me dio pena.

MUÑOZ

Aquellas monas

nunca las sacan tizonas,

porque todas son coladas.

Embebe como esponja

vino Ocaña, y aun Torrente

bebe como hombre valiente,

sin melindre y sin lisonja.

MARCELA

¿Don Silvestre queda en casa?

DOROTEA

Sí, señora; y acostado.

MARCELA

Mi primo es tan regalado,

que ya de lo honesto pasa.

¿Traes, Dorotea, las Horas?

DOROTEA

Sí, señora.

MUÑOZ

El corazón

me dice que hoy el sermón

tiene de durar tres horas.

**(Al pasar, DON SILVESTRE y CLAVIJO hacen a MARCELA una gran reverencia, y ella, ni más ni menos.)**

Pero yo le oiré de modo

que fastidio no me pille.

MARCELA

Luego, ¿no pensáis oírle?

MUÑOZ

Alguna parte, no todo.

**(Éntrase MARCELA, MUÑOZ, DOROTEA y QUIÑONES.)**

DON SILVESTRE

Ésta es Marcela, mi prima,  
y el retrato le parece.

CLAVIJO

Por cierto que ella merece  
ser tenida por la prima  
de hermosura y gentileza,  
y estaría en perfección  
grande, si su discreción  
llega donde su belleza.

DON SILVESTRE

Primo y don Silvestre dijo,  
y que quedaba acostado,  
y que era muy regalado:  
¿qué infieres desto, Clavijo?

CLAVIJO

De lo que pueda inferir,  
ingenio no se resuelve;  
mas el escudero vuelve,  
que nos lo podrá decir.

**(Vuelve MUÑOZ.)**

MUÑOZ

Viejo en pie, largo sermón,  
temblores de puro frío,  
y el estómago vacío,  
no llaman la devoción.  
Aquí, al sol estaré, en tanto

que se quiebra la cabeza  
este fraile, rica pieza,  
que todos tienen por santo.

CLAVIJO

Díganos, señor galán:  
¿quién es aquesta señora  
que entró de la mano ahora?

MUÑOZ

¿Adónde?

CLAVIJO

En San Sebastián.

MUÑOZ

Es Marcela de Almendárez,  
doncella la más garrida  
que vive en toda la corte,  
más honesta y recogida.  
Es su hermano don Antonio  
de Almendárez. Tiene en Indias  
un hermano de su padre,  
rico a las mil maravillas,  
un hijo del cual en casa  
se huelga a pierna tendida,  
esperando si de Roma  
el Padre Santo le envía  
licencia para casarse  
con Marcela, que es su prima.

DON SILVESTRE

¿Y llámase?

MUÑOZ

Don Silvestre  
de Almendárez, y es de Lima,  
y a nuestra casa llegó,  
puedo decir, en camisa,  
porque en una gran tormenta  
echó al mar dos mil valijas  
llenas de tejuelos de oro  
finísimo y plata fina,  
y entre ellas fue mi bayeta,  
que fue oída y no fue vista.

CLAVIJO

¡Válame Dios! ¡Grave caso!

MUÑOZ

Éste que viene podría  
contaros el caso grave  
con más luenga narrativa:  
que se halló presente a todo,  
con gran dolor de su ánima.

DON SILVESTRE

Ánima, querréis decir.

MUÑOZ

No me importa a mí una guinda  
pronunciar con dinguindujes.

**(Entra TORRENTE.)**

TORRENTE

Muñoz, ¿en qué está la misa?

MUÑOZ

En el misal: ahora empieza.

TORRENTE

¿Pasó por aquí Cristina?

MUÑOZ

Entre la cruz creo que andáis,

Torrente, y la agua bendita.

Bastan las de vuestro ojos,

sin buscar ajenas niñas;

que es Ocaña apitonado

y sabe mucho de esgrima.

TORRENTE

En este caso y en otros,

¿mondo yo, por dicha, nispolas?

Y, cuando no, su cabeza

tiene de guardar la mía.

**(Entra un CARTERO destes que andan por la corte dando las cartas del correo.)**

CARTERO

¿Don Antonio de Almendárez,

saben dónde vive, a dicha,

señores?

MUÑOZ

Hombre de bien,

a la vuelta, en una esquina.

¿Son de Roma?

CARTERO

Sí, señor.

MUÑOZ

La dispensación sería  
que aguarda el gran peregrino  
y la en beldad peregrina.  
¿Cuánto es el porte?

CARTERO

Un escudo.

MUÑOZ

¡Hoste, puto! Vaya y diga  
al mayordomo de casa  
que le pague y la reciba.

**(Éntrase el CARTERO.)**

TORRENTE

Agora sí que tendremos  
gusto abierto y rica jira,  
regodeos hasta el tope,  
lautas y limpias comidas.  
Mudaremos este pelo  
de sayal con cebollinas  
martas.

MUÑOZ

Procurad que sean  
ajunas, que sean más finas.

Con tantos gustos, sin duda,  
que olvidaréis la tormenta  
que pasastes, que, a mi cuenta,  
debió ser en la Bermuda:  
que siempre en aquel paraje  
hay huracanes malignos.

TORRENTE

Tanto, que de peregrinos  
hicimos pleito homenaje  
yo y mi señor don Silvestre;  
mas yo tengo por lunático  
quien sube en caballo acuático,  
cuando le tiene terrestre  
A la sorda y a la muda  
íbamos muy sin placer,  
cuando llegamos a ver  
la venta de la Barbuda;  
pero tenía cerradas  
las puertas, si viene a mano,  
y no hay fiarse cristiano  
de viejas que son barbadas.

DON SILVESTRE

Y la canal de Bahama,  
¿pasóse sin detrimento?

TORRENTE

Otra canal yo no siento  
que aquesta por do derrama  
sus dulces licores Baco.

CLAVIJO

¿Dónde se alijó el navío?

TORRENTE

No le alijó el señor mío,  
que le tuvo por bellaco;  
y más, que espera tener  
hijos en su prima hermosa.

MUÑOZ

La respuesta, aunque graciosa,  
nos ha de echar a perder.

DON SILVESTRE

¿En el golfo de las Yeguas  
sería el trance cruel?

TORRENTE

Creo que pasamos dél  
desviados cuatro leguas.

CLAVIJO

¿Y dónde se tomó tierra?

TORRENTE

En el suelo.

DON SILVESTRE

Dice bien.

MUÑOZ

Vuestas mercedes nos den

licencia.

DON SILVESTRE

Donaire encierra  
el peregrino, en verdad:  
que si aspirara a piloto,  
que yo le diera mi voto  
con poca dificultad,  
porque describe los puertos  
y los golfos bravamente.

MUÑOZ

Es estimado Torrente  
de los pilotos más ciertos  
que encierra Guadalcanal,  
Alanís, Jerez, Cazalla.

TORRENTE

Baco en sus Indias se halla,  
pasando por mi canal.

MUÑOZ

Si la plática no atajo  
en ocasión oportuna,  
vos os veis, sin duda alguna,  
Torrente amigo, en trabajo.

**(Éntrase TORRENTE y MUÑOZ.)**

**(Salen DON ANTONIO, DON FRANCISCO y DON AMBROSIO (trae un papel en la mano).)**

DON AMBROSIO

Si desto albricias no dais,

o esta verdad no creéis,  
ni de mi mal os doléis,  
ni de mi bien os holgáis.  
Tras la noche triste mía,  
amarga, lóbrega, oscura,  
hizo salir la ventura  
claro sol y alegre día.  
Por las levantadas cumbres  
de imposibles que temí,  
mi luz clara salir vi  
llena de piadosas lumbres,  
que como nortes me guían  
al puerto con dulces modos,  
y de los peligros todos  
del mar de amor me desvían.  
Ya Marcela ha parecido,  
y con esa letra y firma  
todos mis bienes confirma;  
ya, cual veis, soy su marido.

DON [ANTONIO]

¿Sabéis vos que ésta es su mano  
y firma?

DON AMBROSIO

Sin duda alguna.

DON [ANTONIO]

Con tan próspera fortuna,  
bien es que os mostréis ufano;  
pero de su padre sé  
que la casa en otra parte.

DON AMBROSIO

Él ni nadie será parte  
a que se rompa la fe  
que con sangre viene escrita  
en ese papel que veis.

DON [ANTONIO]

Haga Amor que la gocéis  
luengo tiempo en paz bendita.  
Tomad, y hágaos buen provecho  
vuestra ventura estremada.

DON FRANCISCO

La mujer determinada  
pone a todo trance el pecho.  
Pero veis aquí do viene,  
el padre de vuestra esposa.

DON AMBROSIO

Esperarle aquí no es cosa  
que a mis designios conviene.

**(Entra el PADRE de Marcela, y vase AMBROSIO, y entra también OCAÑA.)**

PADRE

Como fue demanda honesta  
la que os hice, vengo a ver  
si vino a corresponder  
con mi intención la respuesta,  
que ya en público la pido:  
que no quiero que rodeos  
encubran que mis deseos

no son de padre advertido.  
Daré al señor don Antonio...,  
deste modo lo diré,  
...mi alma, pues le daré  
a mi hija en matrimonio.  
En ella le daré esposa  
bien nacida, cual se sabe,  
y aun extremo adonde cabe  
el mayor de ser hermosa;  
una niña a quien apenas  
el sol ni el viento han tocado;  
un armiño aprisionado  
con religiosas cadenas;  
una que son sus cuidados  
de simple y tierna doncella;  
y ofrezco en dote con ella  
de renta dos mil ducados.

DON [ANTONIO]

Con mucho gusto, señor  
don Pedro Osorio, hiciera  
lo que tan bien me estuviera,  
mirando a vuestro valor;  
mas la señora Marcela  
ha ganado por la mano  
a vuestro intento tan sano,  
que en honrarla se desvela:  
ella se ha escogido esposo,  
que es el que salió de aquí.

PADRE

¿Mi hija Marcela?

DON FRANCISCO

Sí.

PADRE

Padre triste, viejo astroso,  
¿qué escuchas? ¿Cómo es aquesto?

DON FRANCISCO

Una cédula le ha dado  
de su mano, donde ha echado  
de lo que es amor el resto.

PADRE

¿Será falsa?

DON FRANCISCO

Podría ser;  
pero imagino que no.

PADRE

Pues ¿para qué os la mostró?

DON [ANTONIO]

Turba el sentido el placer.

[PADRE]

Primero que él la vea,  
primero que él la toque,  
primero que la goce,  
ha de perder la vida, o yo la mía.  
¡Que venga un embustero,

con sus manos lavadas,  
y no limpias por esto,  
y el alma os robe y saque de las carnes...!  
Mitades son del alma  
los hijos; mas las hijas  
son mitad más entera,  
por cuyo honor el padre ha de ser lince.

OCAÑA

Por Cristo benditísimo,  
que la razón le sobra  
por cima los tejados  
a este pobre señor, de quien me duelo.  
¡Que aquestos pisaverdes,  
aquestos tiquimiquis  
de encrespados copetes,  
se anden a pescar bobas con embustes...!

DON [ANTONIO]

Majadero, ¿qué es esto?

OCAÑA

Yo callo y me arrepiento  
de lo dicho.

DON [ANTONIO]

Mostrenco,  
¿de cuándo acá os metéis vos en docena?

OCAÑA

¡Que no pueda hacer baza  
yo con este mi amo,

y si a las discreciones  
jugamos, quince y falta puedo darle...!

PADRE

No os quiero pedir nada,  
ni es razón que os la pida,  
hijo, que, si lo fuérades,  
remozara mis canas y mis días.  
¡Hijas inobedientes,  
que al curso de los años  
anticipáis el gusto,  
destrúyaos Dios, los cielos os maldigan!

**(Éntrase el PADRE.)**

DON [ANTONIO]

¡Mi gozo está en el pozo!

DON FRANCISCO

¿Y si es falsa la cédula?

DON [ANTONIO]

Aunque lo sea, amigo,  
ya el honor titubea de Marcela.  
Cuanto más, que se sabe  
que es bueno don Ambrosio,  
y no levantaría  
tan grande testimonio.

DON FRANCISCO

Así lo creo.

DON [ANTONIO]

Doncella de escritorios,  
de públicas audiencias,  
de pruebas y testigos,  
no es para mí.

OCAÑA

¡Sentencia aristotélica!

**(Entran TORRENTE y CARDENIO.)**

TORRENTE

¿A cuándo, cuitado, aguardas?  
¿Qué diligencias has hecho  
que te sean de provecho?  
¿A qué esperas? ¿A qué tardas?  
Lugar tienes y ocasión  
para rogar y fingir.

CARDENIO

Yo tengo para morir,  
no para hablar, corazón.

TORRENTE

Tu silencio ha de ser causa  
de toda tu desventura.

CARDENIO

Su honestidad y hermosura  
ponen en mi intento pausa.  
Al cabo habré de morir  
callando.

TORRENTE

¡Qué simple amante!

CARDENIO

Medroso, mas no ignorante.

TORRENTE

Todo lo puedes decir.

**(Entran MARCELA, DOROTEA, MUÑOZ y CRISTINA, y QUIÑONES.)**

MARCELA

La torpeza en vos se halla;  
caminad, que os valga Dios.

OCAÑA

Uno a uno, dos a dos,  
juntado se ha gran batalla.

**(Entran SILVESTRE y CLAVIJO.)**

DON SILVESTRE

¿Un don Silvestre está aquí  
que tiene por sobrenombre  
Almendárez?

CARDENIO

Gentilhombre,  
yo soy. ¿Qué queréis de mí?

DON SILVESTRE

Dadme, señor, vuestros pies,  
que soy grande servidor

de vuestro padre.

CARDENIO

Señor,

cortés, mas no tan cortés.

DON SILVESTRE

Diez mil pesos ensayados,  
con vos, me escribe mi padre,  
me envía, y tres mil mi madre.

TORRENTE

Pesos serán bien pesados.  
Catorce mil se tragó  
el mar, como soy testigo.

DON SILVESTRE

Trece mil son los que digo.

TORRENTE

Catorce mil digo yo.

CARDENIO

Es verdad; yo recibí,  
señor, todo ese dinero;  
pero el mar...

CLAVIJO

Aquí no hay pero.

DON SILVESTRE

Yo responderé por mí;

callad vos. También me envía  
de vuestra prima un retrato.

TORRENTE

Sorbiósele el mar ingrato  
sin guardarle cortesía.  
Pensamos que se amansara  
tocándole su figura,  
y por respeto y mesura  
en su lecho se acostara;  
pero fue tan mal mirado,  
que alzó montes sobre montes,  
y escondió los horizontes  
y aun la faz del sol dorado.

MARCELA

No era reliquia el retrato.

CLAVIJO

No; pero si él le arrojara  
con devoción, se mostrara  
manso el mar y el cielo grato.

TORRENTE

Todo esto en la memoria  
no está, Muñoz, que nos diste,  
y si nos caen en el chiste,  
nuestra desdicha es notoria.

DON SILVESTRE

¿Vuesa merced tiene, acaso,  
otro hermano?

CARDENIO

Sí, señor.

MUÑOZ

No, señor. ¡Oh grande error!

¡Mil sustos de muerte paso!

CLAVIJO

¿Cómo se llama?

TORRENTE

Don Juan

de Almendárez.

DON SILVESTRE

¿Qué edad tiene?

TORRENTE

Aquella que le conviene.

OCAÑA

Examinándoles van,

y yo no sé para qué.

DON SILVESTRE

¿Tocaron en la Bermuda?

TORRENTE

Ya he dicho desa Barbuda

otra vez lo que yo sé.

DON SILVESTRE

No ingenio, mas ignorancia,  
es fabricar la maldad,  
de quien está la verdad,  
no dos dedos de distancia.

Yo soy, señor don Antonio,  
vuestro primo verdadero,  
y de ser éste embustero  
darán claro testimonio  
mis papeles y el retrato  
de mi señora Marcela.

MUÑOZ

¡El alma se me revela!  
¡Si hoy no me muero, me mato!

DON SILVESTRE

Dadme, señora, esos pies  
por vuestro primo y esposo.

DON FRANCISCO

¡Éste es caso prodigioso!

MARCELA

Cortés, mas no tan cortés.

TORRENTE

Tres días ha, desventurado,  
que, por no querer hablar,  
te has de ver, a bien librar,  
en galeras y azotado.  
Embistiérasla, malino,

y no aguardaras a verte  
en la desdichada suerte  
y en el traje peregrino.

DON FRANCISCO

¿Quién eres?

CARDENIO

Un estudiante.

TORRENTE

Y yo su capigorrón,  
que tengo de socarrón  
harto más que de ignorante.

CARDENIO

Solicitóme el amor  
a entrar en esta conquista  
a la sombra de una lista...

TORRENTE

Que la escribió este traidor  
de Muñoz.

MUÑOZ

¡Dios sea conmigo!  
¡Llegó de Muñoz el fin!

DON [ANTONIO]

¡Ah escudero viejo y ruin!

OCAÑA

Eso pido y eso digo.

CARDENIO

Estos soles sobrehumanos,  
por quien mi mal crece y mengua,  
pusieron freno a mi lengua,  
como esposas a mis manos.

En los rayos de sus ojos  
se despuntaban los míos,  
y nunca mis desvaríos  
llegaron a darla enojos.

Si me queréis castigar,  
primero advertid, señores,  
que los yerros por amores  
son dignos de perdonar.

DON [ANTONIO]

En albricias, el perdón  
te diera, mas ten aviso  
que el Pontífice no quiso  
conceder dispensación  
entre mi primo y mi hermana.

MARCELA

Casamientos de parientes  
tienen mil inconvenientes.

CLAVIJO

El favor todo lo allana.  
Yo iré a Roma, y la traeré.

DON SILVESTRE

Yo, aunque primo verdadero,  
ni quedarme en casa quiero,  
ni poner en ella el pie:  
que la honra de mi prima  
ha de ir contino adelante,  
sin que haya otro estudiante  
que la asombre o que la oprima.

CRISTINA

¿No ha de haber un casamiento  
en esta casa jamás?

OCAÑA

Tú, Cristina, le harás,  
si te ajustas a mi intento.

CRISTINA

Yo me ajusto al de Quiñones.

QUIÑONES

Pues yo no me ajusto al tuyo.

CRISTINA

¿Tú, para no ser mi cuyo,  
hallas razón?

QUIÑONES

Y razones.

CRISTINA

Ocaña, si me deseas,  
vesme aquí.

OCAÑA

No es mi linaje  
tal, que lo que arroja un paje  
escoja yo, ni tal creas.

TORRENTE

A no estar temiendo aquí  
la penca de algún verdugo,  
ese arrojado mendrugo  
le tomara para mí.

CRISTINA

¡Malos años y mal mes!

TORRENTE

Acordársete debía,  
facinorosa arpía,  
del pañuelo y entremés.

MARCELA

Con licencia de mi hermano  
y de mi primo, yo quiero  
sentenciar al escudero  
y al gran embustero indiano.  
Trocará la mano el juego  
a cuyas leyes me arrimo:  
quedarse ha en casa mi primo,  
y él se salga della luego.  
Lleve su vergüenza a cuestras,  
que es la venganza mayor  
que puede tomar Amor

de invenciones como aquéostas.

A Muñoz le doy la pena  
que da el arrepentimiento  
y el destierro.

MUÑOZ

Yo bien siento  
ser ángel el que condena.  
Mi alma no se alborozaba  
con sentencia que es tan pía,  
pues ve que yo merecía  
azotes, si no corozaba.

OCAÑA

Bien haya la lacayuna  
humilde y valiente raza,  
pues que traiciones no traza  
para subir su fortuna.  
Junto a la caballeriza,  
y al olor de su caballo,  
con sus bríndez, siento y hallo  
que sus gustos soleniza.

CRISTINA

De Quiñones desechada,  
y de Ocaña no escogida,  
aún no he de quedar perdida,  
porque espero ser ganada.  
Hace quien se desespera  
un grandísimo pecado,  
y es refrán muy bien pensado  
que tal vendrá que tal quiera.

DOROTEA

Yo sola soy sin ventura.  
Es tan corto el hado mío,  
que no ha alcanzado mi brío  
lo que impide la hermosura.  
Nunca he sido requebrada,  
ni sé amor a lo que sabe;  
mas esto y mucho más cabe  
en la ventura quebrada.

TORRENTE

Siento en aqueste desastre  
sólo el perder a Cristina.

MUÑOZ

Camina, Muñoz, camina,  
pobre, sin bayeta y sastre.

**(Éntrase.)**

DOROTEA

Sin Marcela, don Antonio,  
se entra amargo el corazón.

**(Éntrase.)**

DON SILVESTRE

Y yo sin dispensación.

**(Éntrase.)**

CRISTINA

Cristina sin matrimonio.

**(Éntrase.)**

CLAVIJO

Yo seguiré de mi amigo  
los pasos, medio contento.

**(Éntrase.)**

DON FRANCISCO

Yo alabaré el pensamiento  
de don Antonio, a quien sigo.

**(Éntrase.)**

MARCELA

Yo quedaré en mi entereza,  
no procurando imposibles,  
sino casos convenientes  
a nuestra naturaleza.

**(Éntrase.)**

OCAÑA

Esto en este cuento pasa:  
los unos por no querer,  
los otros por no poder,  
al fin ninguno se casa.  
Desta verdad conocida  
pido me den testimonio:  
que acaba sin matrimonio  
la comedia Entretenida.

**(Étrase.)**

**FIN**